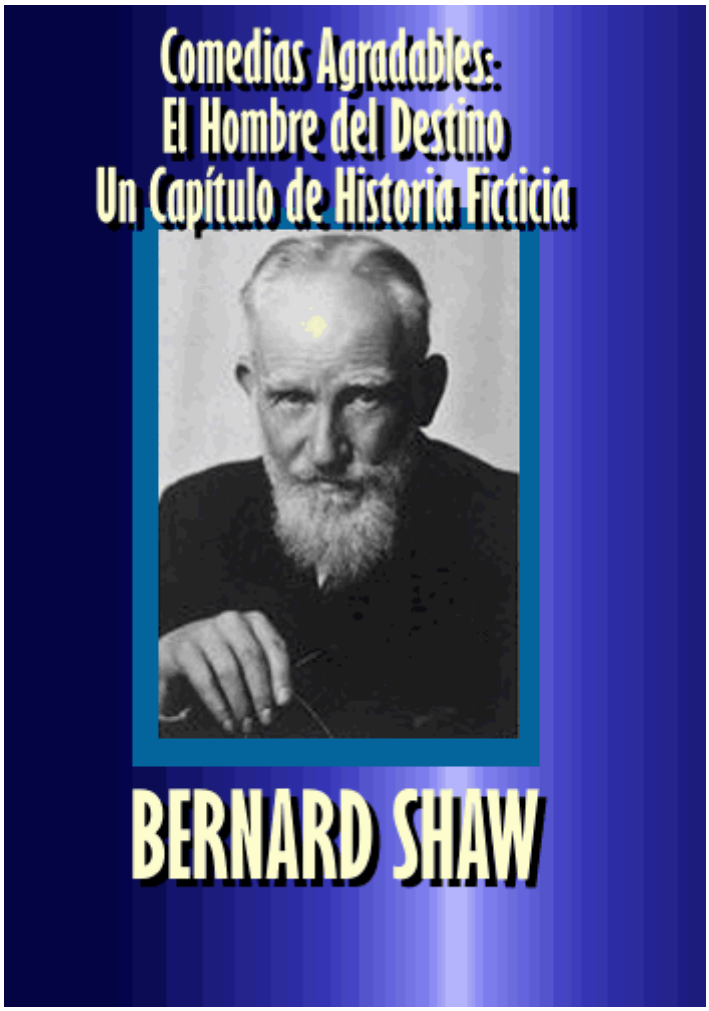
LIBRO dot.com

Comedias Agradables:
El Hombre del Destino
Un Capítulo de Historia Ficticia
(1896)

Bernard Shaw



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

El hombre del desitno se representó por primera vez en el Gran Teatro, Croydon, el 14 de julio de 1897, con el siguiente reparto:

Napoleón Bonaparte.....Murray Carson
Subteniente..... E. H. Kelly
Giuseppe..... Horace Hodges
Dama desconocida.....Florence West

EL HOMBRE DEL DESTINO

El doce de mayo de 1796, en Tavazzano, Italia septentrional, en la carretera de Lodi a Milán. El sol de la tarde llamea serenamente sobre las llanuras de Lombardía, tratando a los Alpes con respeto y a los hormigueros con indulgencia, no disgustado por los cerdos que se bañan en su calor en las aldeas ni por la fría recepción que se le hace en las iglesias, pero implacablemente desdeñoso para con dos hordas de insectos dañinos, los ejércitos franceses y austríacos. Dos días antes, en Lodi, los austríacos trataron de impedir que los franceses cruzaran el río por el estrecho puente. Pero los franceses, dirigidos por un general de 27 años, Napoleón Bonaparte, que no respeta las reglas de la guerra, asaltaron el puente, barrido por el fuego austríaco, con el apoyo de un tremendo cañoneo en que el joven general colaboró personalmente. La artillería es su especialidad técnica. Ha sido adiestrado en ella durante el antiguo régimen y se perfeccionó en el arte militar de esquivar sus obligaciones, de timar a la tesorería en el rubro viáticos y de dignificar la guerra, tal como se la describe en todos los cuadros de la época, con el ruido y el humo de los cañones. Es, empero, un observador original y ha descubierto, por primera vez desde la invención de la pólvora, que una bala de cañón mata al hombre al que alcanza. A una entera comprensión de este notable hallazgo agrega un talento altamente evolucionado para la geografía física y para el cálculo de tiempos y distancias. Tiene prodigiosas energías para el trabajo y un claro conocimiento realista de la naturaleza humana en los asuntos públicos, conocimiento que ha puesto repetidas veces a prueba durante la Revolución Francesa. Es imaginativo sin ilusiones y creativo sin religión, lealtad, patriotismo o cualquiera de los ideales vulgares. Y no es que sea incapaz de dichos ideales. Por el contrario, los ha asimilado en su juventud. Y ahora, poseedor como es de una aguda facultad dramática, tiene la necesaria inteligencia como para explotarlos con el arte de un actor y de un director escénico. Por otra parte no es un niño mimado. La pobreza, la mala suerte, los vaivenes de una elegancia mezquina y pobre, los repetidos fracasos como futuro autor literario, las humillaciones recibidas por sus servilismos rechazados, los reproches y castigos por su deshonestidad como oficial, el escapar a la separación del servicio en forma tan milagrosa que si la emigración de los nobles no hubiese elevado el valor incluso del más bribonesco teniente al precio de hambruna de un general, habría sido arrojado

desdeñosamente del ejército... Todas estas pruebas le han limado el orgullo y le han obligado a bastarse a sí mismo y a entender que a los hombres como él, el mundo no les entregará nada, nada que no puedan tomarle parla fuerza. En esto el mundo no está exento de cobardía y locura. Porque Napoleón, como implacable artillero le la morralla política, está convirtiéndose en personaje útil. En verdad resulta ya casi imposible vivir en Inglaterra sin sentir algunas veces cuánto perdió este país por no haber sido conquistado por él como por Julio César.

Pero, en esa tarde de mayo de 1796, se encuentra todavía en los principios de su carrera. Acaba de ser ascendido a general, en parte utilizando a su esposa para seducir al Directorio (que en esa época gobierna a Francia), en parte por la escasez de oficiales producida por la antedicha emigración, en parte por su facultad de conocer un país, con todas sus carreteras, ríos, montañas y valles, como conoce la palma de su mano, y, principalmente, por esa fe tan suya, tan nueva, en la eficacia de disparar cañones sobre la gente. En cuanto a disciplina, su ejército se encuentra en un estado que ha escandalizado enormemente a algunos escritores modernos ante los cuales se puso en escena la obra que sigue; a tal punto que estos escritores, impresionados con la gloria posterior de "L'Empereus", se han negado a darle crédito. Pero Napoleón no es todavía "L'Empereur". Sus soldados le llaman Le Petit Caporal, ya que aún se encuentra en la etapa de ganar influencia sobre ellos por medio de exhibiciones de audacia. No se encuentra en condiciones de imponerles su voluntad según la tradición militar ortodoxa, con la ayuda del gato de nueve colas. La Revolución Francesa, que se ha salvado de ser suprimida sólo gracias a los hábitos de la monarquía de mantener un atraso de cuatro años en cuanto a la paga de sus soldados, ha reemplazado dicha costumbre, en lo posible, por la de no pagar nunca, como no sea con promesas y alabanzas patrióticas que no son compatibles con la ley marcial de tipo prusiano. Por lo tanto Napoleón se ha acercado a los Alpes al frente de un ejército de hombres sin dinero, harapientos y, en consecuencia, reacios a soportar demasiada disciplina, especialmente la dictada por generales advenedizo. Esta circunstancia, que habría sido un obstáculo para un militar idealista, ha tenido para Napoleón el valor de mil cañones. El dijo a su ejército: "Tenéis patriotismo y valentía, pero no tenéis dinero ni ropas y casi nada para comer. En Italia existen todas estas cosas y, además, la gloria que puede ser ganada por un ejército leal, conducido por un general que considera el pillaje como el derecho

natural del soldado. En avant, mes enfants! El resultado le dio la razón. El ejército conquista Italia como las langostas conquistaron a Chipre. Los soldados combaten todo el día y marchan toda la noche, franqueando distancias imposibles y apareciendo en lugares increíbles, y eso no porque cada soldado lleve el bastón de mariscal en su mochila, sino porque espera llevar en ella, al día siguiente, por lo menos media docena de tenedores de plata.

De paso, es preciso aclarar que el ejército francés no hace la guerra a los italianos. Se encuentra allí para rescatarlos de la tiranía de sus conquistadores austríacos y para concederles las instituciones republicanas. Por lo cual, al saquearlos incidentalmente no hace más que tomarse algunas libertades con la propiedad de sus amigos, que deberían mostrarse agradecidos por ello y quizá lo harían si la ingratitud no fuese un defecto proverbial de ese país. Los austríacos, contra quienes combate el ejército francés, constituyen un ejército regular completamente respetable, bien disciplinado, dirigido por caballeros versados en el arte de la guerra ortodoxa. Al frente del mismo se encuentra Beaulieu, quien practica el clásico arte militar bajo las órdenes de Viena, y que es espantosamente derrotado por Napoleón. Este actúa bajo su propia responsabilidad, en desafío de los precedentes profesionales y de las ordenes emanadas de París. Incluso cuando los austríacos ganan una batalla, lo único que necesita hacer es aguardar a que la rutina los obligue a regresar a sus cuarteles para tomar el té de la tarde, por así decirlo, para reconquistar lo perdido, método empleado más tarde en Marengo con gran éxito. En general, con su enemigo obstaculizado por las ordenes de los estadistas austríacos, la jefatura clásica y las exigencias de la estructura social aristocrática de la sociedad vienesa, Napoleón encuentra fácil el ser irresistible sin necesidad de llevar a cabo milagros de heroísmo. Pero al mundo le agradan los milagros y los héroes y es completamente incapaz de concebir la acción de las fuerzas en juego como militarismo académico o la política vienesa de alcoba. De ahí que haya comenzado a fabricar a "L'Empereur", haciendo que los románticos de cien años más tarde encuentren difícil dar crédito a la escena, hasta ahora no documentada, que está por producirse en Tavazzano.

Las mejores habitaciones de Tavazzano se encuentran en un pequeño mesón, la primera casa a la que llegan los viajeros que cruzan la aldea desde Milán, rumbo a Lodi. El mesón se encuentra en el centro de un viñedo y su cuarto principal, un

agradable refugio cuando el verano intensifica sus rigores, está tan ampliamente abierto en la parte trasera de la casa, hacia el viñedo, que es casi una gran galería. Los chiquillos más audaces, excitados por las alarmas y las excursiones de los últimos días y por la irrupción de las tropas francesas, producida a las seis en punto, saben que el comandante francés ha establecido su cuartel en esa habitación y vacilan entre la tentación de atisbar por las ventanas del frente y el mortal terror hacia el centinela, un joven soldadocaballero que, careciendo de bigote natural, se ha visto obligado por su sargento a pintarse unos ferocísimos, con betún de las botas. Como su pesado uniforme –al igual que todos los uniformes de la época- está destinado a las exigencias de los desfiles, sin la menor referencia a su salud o su comodidad, el hombre transpira copiosamente al sol. Y su bigote pintado se le ha corrido en varias partes hasta la barbilla y el cuello. En otros lugares se ha secado, convirtiéndose en duras escamas charoladas, de audaces contornos quebrados en grotescas bahías y promontorios. El conjunto lo torna indeciblemente ridículo a los ojos de la Historia de cien años más tarde, pero, al mismo tiempo, lo hace monstruoso y terrible para su contemporáneo, el chiquillo italiano del norte, a quien nada parecería más natural que el hecho de que el centinela aliviara la monotonía de su guardia ensartando a un niño con su bayoneta y comiéndoselo crudo. Ello no obstante, una muchacha traviesa, en la que ya despierta un instinto del privilegio de que goza entre los soldados, se atreve a atisbar por un momento en la ventana más segura antes de que una mirada y el tintineo de las armas del centinela la hagan huir. La mayor parte de lo que ve lo ha visto anteriormente. El viñedo de la parte trasera, con los viejos lagares y un carro entre las viñas; la puerta, a su derecha, que da a la entrada de la calle; el mejor aparador del posadero, ahora completamente atareado en los preparativos para la cena, un poco más atrás, del mismo lado; el hogar, al otro lado, con un sofá cerca de él; otra puerta que conduce a las habitaciones internas, entre la chimenea y el viñedo. Y, finalmente, la mesa en el centro, tendida, con platos de arroz a la milanesa, queso, uvas, pan, aceitunas y una enorme botella de vino tinto, protegida por un tejido de mimbre.

El posadero, Giuseppe Grandi, es conocido de la muchacha. Se trata de un hombre atezado, vivaz, astuto, alegre, de cabeza en forma de bala, cubierta de rizos negros, eternamente sonriente, de unos cuarenta años de edad. Como es por naturaleza un anfitrión excelente, se encuentra esa noche del mejor humor por la

buena suerte que tiene contando como huésped al comandante francés, que le protegerá de los excesos de sus soldados. Se atreve incluso a exhibir un par de aretes de oro que de otra forma estarían cuidadosamente ocultos bajo el lagar, conjuntamente con su reducida platería.

Napoleón está sentado de frente a la ventana, en el lado más alejado de la mesa, y es la primera vez que la muchacha lo ve. Está trabajando con empeño, en parte con su comida, que consigue ultimar en diez minutos atacando simultáneamente todos los platos (práctica que es el comienzo de su caída), y en parte con un mapa militar, en el que de tanto en tanto marca la posición de las tropas sacándose de la boca una uva y pegándola al mapa con el pulgar, como si se tratara de un sello. No hay desaliño revolucionario en su vestimenta o en su persona, pero su codo ha apartado casi todos los platos y vasos y su largo cabello negro se sumerge en el arroz cuando se distrae y se inclina más atentamente sobre el mapa.

GIUSEPPE. - ¿Quiere su excelencia... ?

NAPOLEÓN *(atento al mapa, pero atiborrándose mecánicamente con la mano izquierda).* -No hables. Estoy ocupado.

GIUSEPPE *(con perfecto buen humor).* -Excelencia, obedezco.

NAPOLEÓN. -Un poco de tinta roja.

GIUSEPPE. - ¡Ay, Excelencia, no tengo!

NAPOLEÓN *(con agudeza corsa).* - Mata a alguien y tráeme su sangre.

GIUSEPPE *(sonriendo).* - Hay solamente el caballo de su Excelencia, el centinela, la dama de arriba y mi esposa.

NAPOLEÓN. - Mata a tu esposa.

GIUSEPPE. - De mil amores, Excelencia. Pero, por desdicha, no soy lo suficientemente fuerte. Me mataría ella.

NAPOLEÓN. -También servirías.

GIUSEPPE. - Su Excelencia me honra demasiado. *(Extendiendo la mano hacia la*

botella.) Quizás un poco de vino sirva para las necesidades de su Excelencia.

NAPOLEÓN *(protegiendo apresuradamente la botella y tornándose completamente serio).* - ¿Vino? No, sería un despilfarro. Todos ustedes son iguales. ¡Despilfarro, despilfarro! *(Marca el mapa con salsa, usando el tenedor como pluma.)* Llévate el servicio. *(Termina de beber, echa la silla hacia atrás y se limpia la boca con la servilleta, extendiendo las piernas y recostándose contra el respaldo del asiento, pero todavía ceñudo y pensativo.)*

GIUSEPPE *(quitando el servicio y colocando las cosas en una bandeja del armario).* - Cada hombre para su oficio, excelencia. Nosotros los mesoneros tenemos mucho vino barato y no nos importa derrocharlo. Ustedes, los grandes generales, tienen sangre barata en cantidades y no les molesta verterla. ¿No es así, Excelencia?

NAPOLEÓN. - La sangre no cuesta nada; el vino cuesta dinero. (*Se pone de pie y se acerca a la chimenea.)*

GIUSEPPE. - Se dice que usted es cuidadoso de todo menos de la vida humana. Excelencia.

NAPOLEÓN. -La vida humana, amigo mío, es la única cosa que se cuida a sí misma. *(Se echa a sus anchas en el sofá.)*

GIUSEPPE *(admirándolo).* - ¡Ah, Excelencia, qué ton

tos somos todos a su lado! ¡Si yo lograra descubrir el secreto de su triunfo...

NAPOLEÓN. - Te harías Emperador de Italia, ¿eh?

GIUSEPPE. - Demasiado trabajo, Excelencia; le dejo todo eso para usted. Además, ¿qué sería de mi mesón si yo me hiciese Emperador? ¿No ve cómo goza usted mirándome mientras yo atiendo la posada y lo sirvo? Bien, yo gozaré mirándolo a usted cuando se convierta en Emperador de Europa y gobierne el país. *(Mientras conversa saca hábilmente el mantel sin mover el mapa y finalmente toma las puntas*

con las manos y el centro con la boca para doblarlo.)

NAPOLEÓN. - Emperador de Europa, ¿eh? ¿Por qué solamente de Europa?

GIUSEPPE. - ¿Por qué, en verdad? ¡Emperador del mundo, excelencia! ¿Por qué no? *(Pliega y enrolla el mantel, subrayando su frase con las etapas del proceso.)* Un hombre es como otro. *(Pliegue.)* Un país es como otro. *(Pliegue.)* Una batalla es como otra. *(Con el último pliegue tira el mantel sobre la mesa y lo enrolla diestramente, añadiendo, por vía de peroración:)* Se vence en una, se ha vencido en todas. *(Lleva el mantel al armario y lo pone en un cajón.)*

NAPOLEÓN. - Y se gobierna para todos, se lucha para todos y se es el sirviente de todos bajo la apariencia de ser el amo de todos. Giuseppe...

GIUSEPPE *(ante el aparador).* - ¿Excelencia?

NAPOLEÓN. - Te prohibo que me hables de mí.

GIUSEPPE *(acercándose al pie del sofá).* - Perdón. Su Excelencia es distinto de los otros grandes hombres. Porque ese es el tema que más les agrada.

NAPOLEÓN. - Bueno, háblame del tema que más les agrada después de ése, cualquiera que sea.

GIUSEPPE *(sin desconcertarse).* - Encantado, Excelencia. ¿Ha podido su Excelencia, por casualidad, ver a la dama de arriba?

NAPOLEÓN *(incorporándose rápidamente).* - ¿Qué edad tiene?

GIUSEPPE. - La edad adecuada, Excelencia.

NAPOLEÓN. - ¿Quieres decir diecisiete o treinta?

GIUSEPPE. -Treinta, Excelencia.

NAPOLEÓN. - ¿Bien parecida?

GIUSEPPE. - No puedo mirar con los ojos de su Excelencia. Todos los hombres deben juzgar por sí mismos. En mi opinión, Excelencia, es una hermosa señora. *(Tai-*

mado.) ¿Desea que tienda aquí la mesa para la colación de esa dama?

NAPOLEÓN (*bruscamente, levantándose).* -No, no pongas nada aquí hasta que no llegue el oficial a quien espero. *(Echa una mirada a su reloj y comienza a pasearse entre la chimenea y el viñedo.)*

GIUSEPPE *(con convicción).* - Excelencia, créame, ha sido capturado por los malditos austríacos. No se atrevería a hacerlo esperar si estuviese en libertad.

NAPOLEÓN *(volviéndose, al borde de la sombra de la galería).* - Giuseppe, si eso resulta ser cierto me pondré de tal humor que nada, como no sea ahorcarte a ti y a todos los de tu casa, incluso la dama de arriba, podrá satisfacerme.

GIUSEPPE. -Estamos todos alegremente a la disposición de su Excelencia, excepto la dama. No puedo responder por ella. Pero ninguna mujer podría resistírsele, General.

NAPOLEÓN *(agriamente, continuando su marcha).* - ¡Hmmm! A ti jamás te ahorcarán. No hay placer ninguno en ahorcar a un hombre que no se opone a ello.

GIUSEPPE *(con simpatía).* - No lo hay, Excelencia, en efecto, ¿no es cierto? *(Napoleón mira nuevamente su reloj y se muestra cada vez más ansioso.)* Ah, es fácil darse cuenta de que es usted un grande hombre, General. Sabe cómo esperar. Si se tratara de un cabo, o de un subteniente, luego de tres minutos ya estaría maldiciendo, amenazando, atufándose y alborotando.

NAPOLEÓN. - Giuseppe, tus adulaciones son insufribles. Vé a hablar afuera. *(Se sienta nuevamente a la mesa, con la cara entre las manos y los codos apoyados sobre el mapa, que estudia con expresión preocupada.)*

GIUSEPPE. - Con mucho gusto, Excelencia. No se le molestará. *(Toma la bandeja y se dispone a salir.)*

NAPOLEÓN. - En cuanto llegue hazlo pasar.

GIUSEPPE. - Instantáneamente, Excelencia.

UNA VOZ DE MUJER *(llamando desde una parte interior de la casa).* - ¡Giuseppe! *(La voz es sumamente musical y las dos notas finales componen un intervalo ascendente.)*

NAPOLEÓN *(sobresaltado).* - ¿Quién es?

GIUSEPPE. - La dama, Excelencia.

NAPOLEÓN. - ¿La dama de arriba?

GIUSEPPE. - Sí, Excelencia, la dama desconocida.

NAPOLEÓN. - ¿Desconocida? ¿De dónde viene?

GIUSEPPE *(con un encogimiento de hombros).* - ¿Quién sabe? Llegó aquí antes que su Excelencia, en un carruaje alquilado que pertenece al Águila Dorada, de Borghetto. Sola, Excelencia. Sin criados. Un saquito de viaje y un baúl, eso es todo. El postillón dice que dejó un caballo en el Águila Dorada. Un caballo del ejército, con arreos militares.

NAPOLEÓN. - ¡Una mujer con un caballo del ejército! ¿Francés o austríaco?

GIUSEPPE. -Francés, Excelencia.

NAPOLEÓN. - Seguramente será el caballo del esposo. Muerto en Lodi, pobre diablo.

LA VOZ DE LA MUJER *(las dos notas finales producen ahora un perentorio intervalo descendente).* -¡Giuseppe!

NAPOLEÓN *(poniéndose de pie para escuchar).* – Esa no es la voz de una mujer cuyo esposo ha sido muerto ayer.

GIUSEPPE. - No siempre se lamenta la muerte de los esposos, Excelencia. *(Gritando.)* ¡Ya voy, señora, ya voy! *(Se dirige a la puerta interna.)*

NAPOLEÓN (lo detiene poniéndole una mano fuerte sobre el hombro).-Espera. Deja que venga ella.

LA VOZ *(impaciente).* - ¡¡Giuseppe!!

GIUSEPPE. - Déjeme ir, Excelencia. Mi honor de posadero exige que acuda cuando me llaman. Apelo a su honor de soldado.

VOZ DE HOMBRE *(afuera, en la puerta de la posada, gritando).* - ¡Eh, alguien! ¡Hola! ¡Posadero! ¿Dónde estás? *(Alguien golpea vigorosamente con el mango de una fusta en un banco del corredor.)*

NAPOLEÓN *(convirtiéndose repentinamente en el general y soltando a Giuseppe).* - Por fin mi hombre. *(Señalando la puerta interior.)* Vé. Atiende tus asuntos. La señora te llama. *(Se dirige al hogar y permanece de espaldas a él con resuelto aspecto militar.)*

GIUSEPPE (*con voz entrecortada, recogiendo su bandeja).* - Por cierto, Excelencia. *(Sale presurosamente por la puerta interior.)*

LA VOZ DE HOMBRE *(impaciente).* - ¿Están dormidos? La otra puerta es abierta groseramente de un puntapié.

Un subteniente, cubierto de polvo, irrumpe en el cuarto.

Es un joven alto, cabezón, de veinticuatro años de edad, con la tez y el estilo de un hombre de posición y con un aplomo basado en esa posición, que la Revolución Francesa no ha logrado conmover en lo más mínimo. Tiene labios gruesos y tontos, una mirada ansiosa y crédula, una nariz obstinada y una voz fuerte y confiada. Es un joven impávido, irreverente, carente de imaginación y sensatez y de susceptibilidad a la idea napoleónica o a cualquier otra, estupendamente egoísta, eminentemente capaz de entrar con violencia donde los ángeles no se atreven a pisar. Pero, a pesar de todo ello, es dueño de una vigorosa vitalidad que lo lanza a la acción allí donde ella sea más brusca. En este momento está hirviendo de ira, que podría ser atribuida, por un observador superficial, a su impaciencia por no haber sido rápidamente atendido por

los criados de la posada, pero en la que una mirada más perspicaz podría percibir una cierta hondura moral, indicativa de una ofensa más permanente y trascendental. Al ver a Napoleón se muestra lo suficientemente consternado como para detenerse y saludar, pero no traiciona en sus modales nada del presentimiento profético de Marengo y Austerlitz, de Waterloo y Santa Elena, ni de los cuadros napoleónicos de Delaroche y Meissonier, que las épocas posteriores esperarían de él.

NAPOLEÓN *(reloj en mano).* - Bien, señor, por fin ha llegado. Sus instrucciones decían que yo debía llegar a las seis y encontrarlo aquí esperándome con mi correspondencia de París y ciertos mensajes. Son ahora las ocho menos veinte. Se le confió este servicio porque es un buen jinete y tiene el caballo más veloz del campamento. Y llega con cien minutos de retraso y a pie. ¿Dónde está su caballo?

EL TENIENTE *(quitándose sombríamente los guantes y lanzándolos sobre la mesa, juntamente con su quepis y su fusta).* - ¡Ah! ¿Donde, en verdad? Eso es lo que me agradaría saber, General. *(Con emoción.)* No sabe cuánto cariño le tenía a ese caballo.

NAPOLEÓN *(airadamente sarcástico).* - ¿De veras? *(Con súbitos recelos.)* ¿Donde están las cartas y los mensajes?

EL TENIENTE *(con aire importante, más bien complacido de tener noticias interesantes).* -No lo se.

NAPOLEÓN *(incapaz de dar crédito a lo que oye).* - ¿No lo sabe?

TENIENTE. - Tanto como usted, General. Supongo que ahora se me formará consejo de guerra. *(Con solemne decisión).* - ¡Pero le diré, General, que si alguna vez logro atrapar a ese jovencito de aspecto inocente, le arruinare la belleza, pequeño embustero viscoso! Le dejare hecho un cuadro. Le...

NAPOLEÓN *(acercándose a la mesa).* -¿Que jovencito inocente? Un poco de calma, señor, si le parece. Infórmeme claramente de lo sucedido.

TENIENTE *(enfrentándolo desde el otro lado de la mesa, sobre la que se apoya con los puños).* - Oh, estoy perfectamente calmo. Estoy dispuesto a proporcionarle el informe. Haré que el consejo de guerra entienda que no tuve la culpa. Cierta persona se ha aprovechado de mi bondad y no me avergüenzo de ello. Pero con todo el respeto debido a usted como mi superior, General, le repito que si alguna vez vuelvo a ver a ese hijo de Satanás, le...

NAPOLEÓN *(furioso).* -Ya lo dijo antes.

TENIENTE *(irguiéndose).* - Y lo repito. Espere a que lo encuentre. Espere, nada más. *(Se cruza decididamente de brazos y respira con fuerza, con los labios comprimidos.)*

NAPOLEÓN. - Estoy esperando, señor. Su explicación.

TENIENTE *(confiado).* -Ya cambiará de tono, General, cuando se entere de lo que sucedió.

NAPOLEÓN. - No le ha sucedido nada, señor. Está usted vivo e ileso. ¿Donde están los documentos que se le confiaron?

TENIENTE.- ¡Que nada me sucedió! ¡¡Nada!! Me juro eterna fraternidad. ¿No es nada eso? Me dijo que mis ojos le recordaban los de su hermana. ¿Tampoco eso es nada? Lloro -lloro literalmente- cuando le relate la historia de mi separación de Angélica. Nada, ¿no es cierto? Pago por ambas botellas de vino, aunque el no había comido más que pan y uvas. Quizás usted considere que eso no es nada. Me dio sus pistolas, su caballo y sus mensajes -mensajes importantísimos- y me dejo ir con ello. *(Triunfalmente, viendo que ha reducido a Napoleón a la estupefacción.)* Y eso, ¿no fue nada?

NAPOLEÓN *(enervado por el asombro).* - ¿Para que hizo eso?

TENIENTE *(como si el motivo fuese evidente).* - Para demostrarme su confianza en mí, por supuesto. *(Napoleón no deja caer la mandíbula, pero es evidente que se le*

aflojan las articulaciones de la misma.) Y yo me mostré digno de su confianza. Le devolví todo honorablemente. Pero, ¿querrá usted creerlo? Cuando le confié mis pistolas, mi caballo y mis despachos ...

NAPOLEÓN. - ¿Y para que demonios hizo usted eso?

TENIENTE. - ¿No se lo dije? Para demostrarle mi confianza. ¡Y el la traicionó, la violó! ¡No regreso con mis efectos! ¡Ladrón, tramposo, pillastre traicionero y desalmado! Supongo que usted dirá que todo eso no fue nada. Pero vea, General. *(Apoyándose nuevamente en la mesa con los puños para dar más énfasis a sus palabras.)* Usted podrá tolerar este ultraje de los austríacos, si eso le place. Pero en cuanto a mí, le digo que si alguna vez llego a atrapar ...

NAPOLEÓN *(volviéndose, disgustado y paseándose nuevamente con irritación).* -Sí, ya lo ha dicho más de una vez.

TENIENTE *(excitado).* - ¡Más de una vez! Lo diré cincuenta veces. Y, lo que es más, lo haré. Ya lo verá, General. Ya le mostrare mi confianza en el. Le ...

NAPOLEÓN. - Sí, sí, señor. No me cabe ninguna duda al respecto. ¿Que clase de hombre era?

TENIENTE. - Bien, supongo que por su conducta se puede adivinar que clase de hombre era.

NAPOLEÓN. - ¡Bah! ¿Que aspecto tenía?

TENIENTE. - ¿Aspecto? Era... Bueno, tendría que haberlo visto; eso le daría una sensación de su aspecto. Pero yo le reformare el aspecto en cuanto lo tenga durante cinco minutos entre mis manos. Porque le aseguro que si alguna vez. . .

NAPOLEÓN *(llamando furiosamente al mesonero).* - ¡Giuseppe! *(Al teniente, ya perdida la paciencia.)* Cállese un poco, señor, si le es posible.

TENIENTE *(quejumbroso).*-Le advierto que es inútil tratar de echarme la culpa.

¿Cómo podía yo saber que clase de individuo era? *(Toma una silla situada entre el aparador y la puerta exterior, la coloca junto a la mesa y se sienta.)* Si supiera cuán cansado y hambriento estoy, sería más considerado conmigo.

GIUSEPPE *(entrando).* - ¿Que desea, Excelencia?

NAPOLEÓN *(luchando por contener la ira).*-Llévate a este... este oficial. Aliméntalo y acuéstalo si es necesario. Cuando esté nuevamente en sus cabales, averigua qué le ha ocurrido e infórmame. *(Al teniente.)* Considérese arrestado, señor.

TENIENTE *(con ofendida rigidez).*-Estaba preparado para eso. Es preciso ser un caballero para entender a. otro caballero. *(Arroja su espada sobre la cresa.)*

GIUSEPPE *(con simpática preocupación)* .-Ha sido atacado por los austríacos, teniente? ¡Caramba, caramba!

TENIENTE *(despectivo).-¿*Atacado? Podría haberle quebrado el espinazo con el pulgar y el índice. Y ojalá lo hubiera hecho. No, me engañó abusando de mi bondad. Eso es lo que no puedo olvidar. Dijo que jamás había conocido a un hombre por quien sintiese tanto cariño como por mí. Me puso su pañuelo al cuello porque me había picado un mosquito y el cuello de mi uniforme comenzaba a irritarme la mordedura. ¡Mira! *(Se quita el pañuelo del cuello. Guiseppe lo toma y lo examina.)*

GIUSEPPE *(a Napoleón).*-Un pañuelo de mujer, Excelencia. (Lo huele.) Perfumado.

NAPOLEÓN. - ¿Eh? *(Lo torra y lo estudia atentamente.)* Hmmm! *(Lo huele a su vez.)* ¡Ah! *(Cruza pensativamente la estancia, mirando el pañuelo. que finalmente introduce en el bolsillo interior de la chaqueta.)*

TENIENTE. - Muy en consonancia con su dueño. Note que tenía manos femeninas cuando me tocó el cuello, con sus modales serviles y zalameros, ese perro asqueroso y afeminado. *(Bajando la voz con emocionada intensidad.)* Pero tome nota de lo que le digo, General. Si alguna vez ...

LA VOZ DE MUJER *(afuera, como antes).* - ¡Giuseppe!

TENIENTE *(petrificado).* -,Qué es eso?

GIUSEPPE.-Una dama que se aloja arriba, teniente; me está llamando.

TENIENTE. -¿Una dama?

LA voz . - ¡Giuseppe! ¡Giuseppe! ¿Dónde estás?

TENIENTE *(con tono asesino).* - Dame esa espada. *(Arrebata la espada de la mesa y la desenvaina.)*

GIUSEPPE *(precipitándose sobre él y tomándole del brazo derecho).*-¿Qué quiere hacer, teniente? Es una señora, ¿no oye? Es una voz de mujer.

TENIENTE. -Te digo que es la voz de él. Suéltame. *(Se desase y corre hasta la galería, donde permanece en guardia, espada en mano, vigilando la puerta como un gato vigilaría una ratonera.)*

La puerta se abre y entra la Dama Desconocida. Es una mujer alta y extraordinariamente graciosa, de rostro delicadamente inteligente, sensible e inquisitivo; hay signos de percepción rápida en la frente, sensibilidad en las aletas de la nariz y carácter en la barbilla, y todo ello agudo, refinado y original. Es sumamente femenina pero nada débil. El flexible y delicado cuerpo tiene un robusto armazón; las manos y los pies, el cuello y los hombros son miembros útiles y vigorosos y están en perfecta correspondencia con su estatura, que excede visiblemente la de Napoleón y la del mesonero y que puede compararse ventajosamente con la del teniente. Pero su elegancia y sus radiantes encantos guardan celosamente el secreto de su estatura y su fuerza. A juzgar por su atavío no es una admiradora de las últimas modas del Directorio. O quizás usa sus vestidos viejos para viajar. El caso es que no viste chaqueta de solapas exageradas, ni una falsa túnica greco-Tallien, ni cosa alguna, en verdad, que no pudiera usar la propia

Princesa de Lamballe. Su vestido de seda floreada tiene el talle largo, pliegues a la Watteau en la espalda, pero el miriñaque está reducido a un simple rudimento, ya que ella es demasiado alta como para usarlo. Tiene un escote bajo, un tanto cubierto por una toquilla color crema. Tiene tez clara, cabello castaño dorado y ojos grises.

Entra con perfecto dominio de sí misma, con la serenidad de una mujer acostumbrada a los privilegios de la posición y la belleza. El posadero, que tiene excelentes modales naturales, se muestra altamente apreciativo de su hermosura. Napoleón se siente invadido por la timidez, se ruboriza, se torna rígido y menos desenvuelto que antes. La mujer se adelanta con gesto sumamente educado para presentarle sus respetos, cuando el teniente se abalanza sobre ella y la toma de la muñeca derecha. Al reconocerle la desconocida se torna mortalmente pálida. Es imposible equivocarse. Es la revelación de algún error fatal, totalmente inesperado, que la sobrecoge de pronto, en el momento en que más tranquila, segura y victoriosa se sentía. Al instante siguiente una oleada de vivo rubor sube por debajo de la toquilla y le inunda el rostro. Es fácil adivinar que se ruboriza con todo el cuerpo. Hasta el teniente, generalmente incapaz de sutilezas, puede ver una cosa cuando se la pintan de tan intenso color rojo. Interpretando el sonrojo como la involuntaria confesión de la negra traición, se dirige a ella con el fuerte graznido del triunfo final.

TENIENTE. - De modo que al fin te encuentro, amiguito. Te has disfrazado, ¿eh? *(Con voz de trueno, soltándole la muñeca.)* Quítate esas faldas.

GIUSEPPE *(protestando).* - ¡Oh, teniente!

DAMA *(aterrorizada pero fuertemente indignada porque la han tocado).* - Caballeros, apelo a ustedes. *(A Napoleón.)* Usted, señor, es un oficial, un general. Me protegerá, ¿no es cierto?

TENIENTE.-No le haga caso, General. Déjeme que yo me entienda con el.

NAPOLEÓN.- ¿Con el? ¿Con quien, señor? ¿Por que trata a esta dama de ese modo?

TENIENTE.- ¿Dama? ¡Es un hombre! El hombre a quien le mostré confianza. *(Levantando la espada.)* Vamos, tú...

DAMA *(corriendo y poniéndose a espaldas de Napoleón; en su agitación oprime contra su pecho el brazo que éste extiende ante ella como defensa).* - Oh, gracias, General. Aléjelo.

NAPOLEÓN.-Tonterías, señor. Evidentemente esta es una señora. *(De pronto ésta deja caer su brazo y vuelve a ruborizarse.)* Y usted está arrestado. Baje esa espada, señor, inmediatamente.

TENIENTE.-General, afirmo que es una espía austríaca. Esta tarde fingió pertenecer al estado mayor de Masséna y ahora finge ser una mujer. ¿Es que no puedo dar crédito a mis ojos?

DAMA.- General, seguramente se refiere a mi hermano. Está en el estado mayor del general Masséna. Y se parece mucho a mí.

TENIENTE *(aturdido*). - ¿Quiere decir que no es usted su hermano, sino su hermana? ¿La hermana que se parecía tanto a mí? ¿Que tenía mis hermosos ojos azules? Es una mentira. Sus ojos no se parecen a los míos, son exactamente como los de usted.

NAPOLEÓN (*con exasperación contenida).* -Teniente, ¿quiere obedecer mis órdenes y salir del cuarto, ya que finalmente se ha convencido de que esta señora no es un caballero?

TENIENTE. - ¡Caballero! Ya lo creo que no. Ningún caballero habría abusado de mi confianza...

NAPOLEÓN *(con la paciencia agotada).* -Está bien, señor. ¿Me oye? ¿Quiere salir de esta habitación? Le ordeno que salga.

DAMA. - ¡Oh, por favor, déjeme irme a mí.

NAPOLEÓN *(secamente).* - Perdóneme, señora. Con todo el posible respeto debido a su hermano, todavía no entiendo para que un oficial del estado mayor del general Masséna necesita mi correspondencia. Tengo que hacerle algunas preguntas.

GIUSEPPE *(discretamente).* - Venga, teniente. *(Abre la puerta.)*

TENIENTE. - Me voy. General, escuche mi consejo, este alerta; no deje que se aprovechen de su bondad. *(A la mujer.)* Señora, mis disculpas. Pensé que era usted la misma persona, sólo que del otro sexo, y eso, naturalmente, me engañó.

DAMA *(recobrando su buen humor).* - No fue culpa de usted, ¿no es así? Me alegro de que ya no este enojado conmigo, teniente. *(Le ofrece la mano.)*

TENIENTE *(inclinándose cortésmente para besarla).* - Oh, señora, en lo más míni... *(Conteniéndose y mirando la mano con más atención.)* Tiene la mano de su hermano. ¡Y el mismo anillo!

DAMA *(dulcemente).* - Somos mellizos.

TENIENTE. - Eso lo explica. *(Le besa la mano.)* Mil perdones. No me molestó en lo más mínimo la cuestión del correo. Eso es más asunto del General que mío. Pero me irritó el que abusaran de mi bondad. *(Toma el quepis y la fusta de la mesa y, mientras sale:)*Supongo que me perdonará que me vaya, General. Lo siento mucho. *(Sale hablando. Giuseppe lo sigue y cierra la puerta.)*

NAPOLEÓN (mirándolo con irritación concentrada). - ¡Idiota!

La Dama Desconocida sonríe con simpatía. Él se ubica, ceñudo, entre la mesa y el hogar; toda su torpeza ha desaparecido ahora que está solo con la mujer.

DAMA. - ¿Cómo puedo agradecerle, General, el que me haya protegido?

NAPOLEÓN *(volviéndose repentinamente hacia ella).* - ¡Mi correspondencia, vamos! *(Extiende la mano.)*

DAMA. - ¡General! *(Se lleva involuntariamente la mano a la toquilla, como para*

proteger algo que tuviese escondido allí.)

NAPOLEÓN. -Se la quitó a ese zopenco. Se disfrazó de hombre. Quiero mi correspondencia. La tiene oculta en el seno, bajo las manos.

DAMA *(sacando rápidamente las manos).* - ¡Ah, con cuán poca amabilidad me habla! *(Extrae su pañuelo de la toquilla.)* Me asusta. *(Se lleva el pañuelo a los ojos. como para enjugar una lágrima.)*

NAPOLEÓN.-Veo que no me conoce, señora, porque de otro modo se ahorraría el trabajo de fingir que llora.

DAMA *(haciendo como que sonríe a través de las lágrimas).* - Sí, lo conozco. Usted es el famoso General Buonaparte. *(Le da la pronunciación italiana.)*

NAPOLEÓN *(irritado, con pronunciación francesa).* - Bonaparte, señora, Bonaparte. Los papeles, se lo ruego.

DAMA. - Pero le aseguro ... *(El le arrebata groseramente el pañuelo.)* ¡General! *(Indignada.)*

NAPOLEÓN *(tomando el otro pañuelo del bolsillo interior de su casaca).* - Usted le prestó uno de sus pañuelos a mi teniente cuando le despojó del correo. *(Estudia los dos pañuelos.)* Son exactamente iguales. *(Los huele.)* El mismo perfume. *(Los deja caer sobre la mesa.)* Estoy esperando mi correspondencia. Si es necesario la tomaré con tan poco ceremonia como la que empleé para tomar el pañuelo.

DAMA *(con digno reproche).* - General, ¿acostumbra usted amenazar a las mujeres?

NAPOLEÓN *(secamente).* - Sí.

DAMA *(desconcertada, tratando de ganar tiempo).* - Pero yo no entiendo. Yo...

NAPOLEÓN. - Entiende perfectamente. Vino aquí porque sus amos austríacos calculaban que yo me encontraba a seis leguas de distancia. Y a mí siempre se me encuentra donde mis enemigos no me esperan. Se ha metido en la cueva del león.

¡Vamos, es una mujer valiente! Sea también una mujer sensata. No tengo tiempo que perder. Los documentos. *(Avanza ominosamente un paso.)*

DAMA *(estallando en la cólera infantil de la impotencia, se deja caer, anegada en lágrimas, en la silla que el teniente dejó junto a la mesa).* - ¡Yo valiente! ¡Qué poco sabe! He pasado el día en un tormento de terror. Tengo un dolor aquí, de los saltos que me daba el corazón cada vez que se producía una mirada de suspicacia, un movimiento amenazador. ¿Piensa que todos son tan valientes como usted? Oh, ¿por qué ustedes, los valientes, no hacen las cosas que necesitan arrojo? ¿Por qué las dejan para nosotros, los que no tenemos valor alguno? Yo no soy atrevida, la violencia me asusta, el peligro me anonada.

NAPOLEÓN *(interesado).* -Y entonces, ¿por qué ha estado viviendo en el peligro?

DAMA. -Porque no hay otro remedio. No puedo confiar en ninguna otra persona. Y ahora todo es inútil. Y todo por culpa de usted, que no tiene miedo porque no tiene corazón, ni sentimientos, ni ... *(Se interrumpe y cae de rodillas.)* ¡Ah, General, déjeme ir; déjeme ir sin formularme preguntas! Tendrá sus mensajes y sus cartas, se lo juro.

NAPOLEÓN (tendiendo la mano).-Sí, estoy esperándolos.

Ella emite un sonido entrecortado, atemorizada por su implacable presteza, desesperando ya de conmoverlo con lisonjas. Le mira con perplejidad, devanándose el cerebro para encontrar algún ardid. El sostiene su mirada inflexiblemente.

DAMA *(levantándose finalmente con un leve suspiro).* - Se los traeré. Están en mi cuarto. *(Se vuelve hacia la puerta.)*

NAPOLEÓN. -La acompañaré, señora.

DAMA *(irguiéndose con un noble gesto de dignidad ofendida).* - No puedo permitirle, General, que entre en mi aposento.

NAPOLEÓN. - Entonces quédese aquí, señora, mientras yo hago que registren su

habitación.

DAMA *(rencorosa, renunciando abiertamente a su plan).*-Puede ahorrarse el trabajo. No están allí.

NAPOLEÓN. -No, ya le he dicho dónde están. *(Le señala el pecho.)*

DAMA *(encantadoramente lastimera).* - General, sólo quiero retener una cartita privada. Una sola. Deje que me la guarde.

NAPOLEÓN *(frío y severo).* - ¿Es ese un pedido razonable, señora?

DAMA *(alentada por el hecho de que él no se ha negado de plano).* - No, pero precisamente por eso debe concedérmelo. ¿Acaso sus propias exigencias son razonables? ¡Miles de vidas por sus victorias, sus ambiciones, su destino! Y lo que yo le pido es tan insignificante... No soy más que una mujer desamparada y usted es un valiente. *(Le mira con los ojos llenos de tierna súplica y está a punto de volver a arrodillarse ante él.)*

NAPOLEÓN *(bruscamente).* - Levántese, levántese.

(Se aparta torvamente y cruza el cuarto, deteniéndose por un instante para decir, por sobre el hombro:) Está diciendo tonterías y lo sabe. (Ella se sienta dócilmente en el sofá. Cuando Napoleón se vuelve y advierte su desesperación, siente que su victoria es completa y que puede permitirse ahora unas bromas con su víctima. Se sienta junto a ella. La mujer lo mira, alarmada, y se aparta un poco de él. Pero un rayo de esperanza aparece en su mirada. &l habla como un hombre que se divirtiera con algún chiste secreto.) ¿Cómo sabe que yo soy un valiente?

DAMA *(asombrada).* - ¿Usted? ¿El General Buonaparte? *(Con pronunciación italiana.)*

NAPOLEÓN. - Sí, yo, el General Bonaparte. *(Poniendo énfasis en la pronunciación francesa.)*

DAMA. - Oh, ¿cómo puede hacerme una pregunta semejante? ¡Usted, que hace apenas dos días estuvo en el puente de Lodi, con la atmósfera llena de muerte, batiéndose en duelo con sus cañones contra el enemigo que estaba en la otra orilla del río! *(Estremeciéndose.)* Oh, usted ejecuta acciones heroicas.

NAPOLEÓN. - También usted.

DAMA. - ¿Yo? *(Se le ocurre de pronto una idea extraña.)* ¡Ah! ¿Es usted un cobarde?

NAPOLEÓN *(riendo lúgubremente y golpeándose las rodillas).* -Esa es una pregunta que jamás se debe formular a un militar. El sargento pregunta la altura del recluta, su edad, su capacidad torácica, le examina el cuerpo, pero nunca averigua si es valiente.

DAMA *(como si creyera que no se trata de un asunto risible).* - Ah, usted puede reírse del miedo. Es que no sabe lo que significa sentirlo.

NAPOLEÓN. - Dígame. Supóngase que usted hubiera podido obtener esa carta anteayer, en el puente de Lodi, con sólo pedírmela... Supóngase que no hubiese otro medio y que ése fuera el único... si conseguía salir ilesa del fuego de artillería. (Ella tiembla y por un momento se cubre los ojos con las manos.) ¿Habría tenido miedo?

DAMA. -Un miedo horrible, mortal. *(Se lleva las manos al corazón*.) Me duele de sólo imaginármelo.

NAPOLEÓN (*inflexible).* - ¿Habría ido a buscar los despachos?

DAMA (*anonadado por el horror imaginado).* -No me lo pregunte. Habría ido, con toda seguridad.

NAPOLEÓN. - ¿Por qué?

DAMA. -Porque es preciso. Porque no tendría otro remedio.

NAPOLEÓN *(con convicción).* -Porque su deseo de tener la carta habría sido suficientemente fuerte como para ayudarla a soportar su miedo. *(De pronto se pone de*

pie y adopta una deliberada actitud de orador.) Existe una sola pasión universal: el miedo. De entre el millar de cualidades que puede tener un hombre, la única que se puede encontrar con toda seguridad, tanto en el tambor más joven de mi ejército como en mí mismo, es el temor. Es él el que hace que los hombres luchen. La indiferencia los hace huir. Pero el miedo es el resorte principal de la guerra. ¡Miedo! Yo lo conozco bien, mejor que usted, mejor que ninguna mujer. En una ocasión dejé que un regimiento de valiosos soldados suizos fuera destrozado por la plebe de París, porque tuve miedo de intervenir. Y, mientras presenciaba la matanza, me sentí un cobarde hasta la punta de los talones. Hace siete meses me vengué de mi vergüenza haciendo una carnicería de esa chusma con mis cañones. Bien, ¿y qué? ¿Acaso el miedo ha impedido alguna vez que el hombre consiguiera algo que realmente quisiera? ¿Se lo ha impedido a una mujer? Nunca. Acompáñeme y le mostraré a veinte mil cobardes que todos los días arriesgarán la vida por el precio de un vaso de coñac. ¿Y cree que no hay en el ejército mujeres más valientes que los hombres, aunque sus vidas son más valiosas? ¡Bah! No le doy ninguna importancia al temor o al denuedo. Si usted hubiera tenido que venir a verme en Lodi, no habría tenido miedo. Y, una vez que se encontrase en el puente, todos los demás sentimientos habrían cedido ante la necesidad -la necesidad- de llegar hasta mí y conseguir lo que quería.

¡Y ahora, supongamos que ha hecho eso! ¡Supongamos que ha obtenido la carta y salido indemne, con ella en la mano, sabiendo que cuando llegó la hora su miedo no le oprimió el corazón sino que la robusteció en su propósito, sabiendo que había dejado de ser miedo para convertirse en fuerza, penetración, vigilancia, férrea decisión! Y entonces, ¿qué respondería si alguien le preguntara si es usted una cobarde?

DAMA *(poniéndose de pie).* - Ah, usted es un héroe, un verdadero héroe.

NAPOLEÓN. - ¡Bah! No existen los verdaderos héroes. *(Se pasea por el cuarto,*

indiferente al entusiasmo de ella pero nada disgustado consigo mismo por haberlo provocado.)

DAMA. - Sí que existen. Hay una diferencia entre lo que usted llama mi valentía y la suya. Usted quería ganar la batalla de Lodi para usted mismo y para nadie más, ¿verdad?

NAPOLEÓN. - Por supuesto. *(Pensándolo mejor.)* Un momento, no. *(Se compone piadosamente y dice, como quien condujera un servicio religioso:)* No soy más que el servidor de la Revolución Francesa, no hago más que seguir humildemente las huellas de los héroes de la antigüedad clásica. Conquisto victorias para la humanidad, para mi patria, no para mí.

DAMA *(desalentada).* - Ah, entonces, en fin de cuentas, no es más que un héroe afeminado. *(Vuelve a sentarse, desaparecido todo su entusiasmo.)*

NAPOLEÓN *(grandemente asombrado).* - ¡Afeminado!

DAMA *(con indiferencia).* - Sí, como yo. *(Con profunda melancolía.)* ¿Cree acaso que si yo hubiera querido esos despachos para mí me habría arriesgado a ir a buscarlos a un campo de batalla? No, si eso fuera todo ni siquiera habría tenido la suficiente fortaleza de ánimo como para visitarlo siquiera en su hotel. Mi valentía es simple esclavitud. No me sirve para mis fines. Sólo por amor, por piedad, por el instinto de salvar y proteger a otra persona puedo hacer cosas que normalmente me aterrorizan.

NAPOLEÓN *(despectivamente).* - ¡Bah! *(Se aparta insultantemente de ella.)*

DAMA. - ¡Ahá! ¡Ahora se da cuenta de que no soy verdaderamente valiente! *(Cayendo nuevamente en su indiferencia enojadiza.)* Pero, ¿qué derecho tiene usted a despreciarme si también gana sus batallas para otros? ¡Para su país, por patriotismo! ¡Eso es lo que yo llamo femenino! ¡Es tan de un francés...!

NAPOLEÓN *(furioso).* - No soy francés.

DAMA *(inocente).* - Me pareció que había dicho que ganó la batalla de Lodi para su patria, General Buo... ¿Debo pronunciarlo en italiano o en francés?

NAPOLEÓN. - Está abusando de mi paciencia, señora. Soy por nacimiento súbdito francés, pero no nací en Francia.

DAMA *(fingiendo un marcado acceso de interés por él).* -Creo que usted no nació súbdito de nadie.

NAPOLEÓN *(complacido).* - ¿Eh? ¿Eh? ¿Le parece?

DAMA. -Estoy segura de ello.

NAPOLEÓN. -Bueno, bueno, quizá sea así. *(La complacencia de su asentimiento es percibida por su propio oído. Se interrumpe, enrojeciendo. Luego, adoptando una actitud solemne, copiada de los héroes de la antigüedad clásica, habla con tono altamente moralizador.)* Pero no vivimos solamente para nosotros, muchacha. No olvide nunca que debemos pensar en los demás y trabajar para los demás y dirigirlos y gobernarlos por su propio bien. La abnegación es la base de la verdadera nobleza de carácter.

DAMA *(abandonando nuevamente su actitud con un suspiro).* - Ah, se advierte fácilmente *que usted nunca lo ha intentado, General.*

NAPOLEÓN (indignado, olvidándose de Bruto y Escipión). - ¿Qué quiere decir con eso, señora?

DAMA. - ¿No ha advertido que la gente exagera siempre el valor de las cosas que no tiene? Los pobres piensan que no necesitan otra cosa que riquezas para sentirse perfectamente dichosos. Todos hacen un culto de la verdad, de la pureza, del altruismo, y por el mismo motivo. Porque no tienen ninguna experiencia en esas virtudes. ¡Ah, si supieran ... !

NAPOLEÓN *(furiosamente irónico).* - ¡Si sólo supieran ... ! Perdone, ¿lo sabe usted?

DAMA. -Sí. Yo tuve la desdicha de nacer buena. *(Lanzándole una mirada rápida.)* Y puedo asegurarle que es una desdicha, General. Soy realmente veraz, altruista y todo lo demás. Y en realidad no es más que cobardía, falta de carácter, falta de capacidad para ser verdadera, fuerte y positivamente yo misma.

NAPOLEÓN. - ¿Eh? *(Volviéndose rápidamente hacia ella con un chispazo de intenso interés.)*

DAMA (*sinceramente, con creciente entusiasmo).* - ¿Cuál es el secreto de su fuerza? únicamente que cree en sí mismo. Puede luchar y conquistar para sí y para nadie más. No tiene miedo de su destino. Nos demuestra lo que todos podríamos ser si tuviésemos la voluntad y el ánimo necesarios. *(Cayendo súbitamente de rodillas ante él.)* Y por eso estamos comenzando a adorarle. *(Le besa las manos.)*

NAPOLEÓN (confundido) . -¡Basta, basta! Por favor, levántese, señora.

DAMA. -No rechace mi homenaje, le corresponde por derecho. Usted será Emperador de Francia...

NAPOLEÓN *(apresuradamente).*-¡Cuidado! Traición.

DAMA *(insistiendo).* - Sí, Emperador de Francia. Y luego de Europa y quizá del mundo. Yo soy el primer súbdito que le jura fidelidad. *(Le besa nuevamente la mano.)* ¡Mi Emperador!

NAPOLEÓN *(vencido, levantándola).* - ¡Por favor, por favor! No, no, esto es una locura. Vaya, calma, calma. *(Acariciándola.)* ¡Bueno, bueno, joven!

DAMA (luchando para contener las lágrimas de felicidad - Sí, ya sé que es una impertinencia de mi parte decirle lo que debe saber mejor que yo. Pero no está enojado conmigo, ¿verdad?

NAPOLEÓN. - ¿Enojado? No, no, nada de eso, nada de eso. Vamos, es usted una

mujer inteligentísima, sensata e interesante. *(Le palmea la mejilla.)* ¿Seremos amigos?

DAMA *(embelesada).* - ¡Su amiga! ¿Me dejará ser su amiga? ¡Oh! *(Le ofrece ambas manos con una sonrisa radiante.)* Ya ve: le demuestro mi confianza en usted.

Este imprudente eco de la frase del teniente la pierde. Napoleón pega un respingo. Le llamean los ojos y lanza un grito de ira.

NAPOLEÓN. - ¿Cómo?

DAMA. - ¿Qué sucede?

NAPOLEÓN. - ¿Demuestra su confianza en mí? ¿Para que yo le demuestre la mía, a mi vez, dejando que me engañe con los despachos? ¡Ah, Dalila, Dalila, ha estado ensayando sus tretas conmigo! ¡Y yo he sido un estúpido tan grande como el asno de mi teniente! *(Amenazador.)* Vamos, los mensajes. Rápido. Ya no toleraré más juegos.

DAMA *(refugiándose detrás del sofá).*-General...

NAPOLEÓN. - Rápido, le digo. *(Atraviesa rápidamente el cuarto y la intercepta cuando trata de huir al viñedo.)*

DAMA *(acorralada, enfrentándole y dando rienda suelta a su cólera).* - ¡Se atreve a hablarme de ese modo!

NAPOLEÓN. - ¿Que me atrevo?

DAMA. - Sí, se atreve. ¿Quién es usted, que osa hablarme con esa grosería? ¡Ah, el bajo y vulgar aventurero corso sale muy fácilmente a la superficie!

NAPOLEÓN. - ¡Diablesa! *(Salvajemente.)* Una vez más y sólo una: ¿quiere darme esos documentos o prefiere que se los arranque? ¡Por la fuerza!

DAMA. - ¡Arránquemelos por la fuerza!

Mientras él la mira con el aspecto del tigre a punto de abalanzarse, ella se cruza de brazos con la actitud de una mártir. El gesto despierta instantáneamente el instinto teatral de Napoleón. Olvida su ira en el deseo de demostrarle que también en

actuación escénica se ha encontrado con la horma de su zapato. La mantiene por un instante en suspenso. Luego, repentinamente, cambia de expresión, se lleva las manos hacia atrás con provocativa frialdad, la mide un par de veces con la mirada, toma una pulgada de rapé, se limpia cuidadosamente los dedos y se guarda el pañuelo. La actitud heroica de la Dama se torna más ridícula por momentos.

NAPOLEÓN *(finalmente).* -¿Y bien?

DAMA *(desconcertada, pero con los brazos todavía cruzados).* -Bien, ¿qué piensa hacer?

NAPOLEÓN. - Arruinarle la escena.

DAMA. - ¡Bestia! *(Abandonando la actitud, se dirige al extremo del sofá, se apoya en él y se enfrenta a Napoleón con las manos tomadas detrás de las espaldas.)*

NAPOLEÓN. - ¡Ah, así es mejor! Y ahora escúcheme. Usted me agrada. Lo que es más, aprecio su respeto.

DAMA. - Aprecia, entonces, lo que no recibirá.

NAPOLEÓN. -Lo recibiré muy pronto. Pero atiéndame. Supóngase que yo me dejase desanimar por el respeto debido a su sexo, a su belleza, a su heroísmo y a todo lo demás. Supóngase que yo, sin que entre esos documentos que pienso recobrar y mis músculos se interponga otra cosa que ese sentimentalismo; supóngase que, con el triunfo en la mano vacilara y me retirara humildemente, con las manos vacías. O, lo que sería peor, que cubriese mi debilidad haciendo el héroe magnánimo y evitándole a usted la violencia que no me atrevo a usar. ¿No me despreciaría desde lo más hondo de su alma de mujer? ¿Es que alguna mujer sería tan tonta como para no hacerlo? Bueno, Bonaparte puede ponerse a la altura de las circunstancias y, cuando es necesario, actuar como lo haría cualquier mujer. ¿Me entiende?

La dama, sin hablar, se yergue y extrae un paquete de cartas de su seno. Por un

instante siente un intenso impulso de arrojárselas al rostro. Pero su buena educación le impide cualquier método de desahogo vulgar. Le entrega las cartas cortésmente, pero volviendo la cabeza para no mirarle. En cuanto él las toma, la Dama se retira corriendo al otro extremo del cuarto, se sienta y se cubre el rostro con las manos.

NAPOLEÓN *(contemplando los documentos con placer).* - ¡Ahá! Muy bien, muy bien. *(Antes de abrir las cartas mira a la Dama y dice:)* Perdóneme. *(Advierte que tiene el rostro cubierto por las manos.)* Muy enojada conmigo, ¿eh? *(Desata el paquete, cuyo sello ya está roto y lo pone en la mesa para examinar su contenido.)*

DAMA *(tranquilamente, bajando las manos y dejando ver que no estaba llorando sino pensando).* - No. Usted tenía razón. Pero le tengo lástima.

NAPOLEÓN *(deteniéndose en el acto de tomar la primera carta).* - ¿Lástima por mí? ¿Por qué?

DAMA. - Llegará el momento en que le veré perder el honor.

NAPOLEÓN. - ¡Hmmm! ¿Nada peor que eso? *(Toma la carta.)*

DAMA. - Y su felicidad.

NAPOLEÓN. -¡Felicidad! La felicidad es para mí la cosa más aburrida del mundo. ¿Sería acaso lo que soy si le asignase la más mínima importancia a la felicidad? ¿Algo más?

DAMA. - Nada.

NAPOLEÓN. - Perfectamente.

DAMA. - Aparte de que hará una figura sumamente tonta a los ojos de Francia.

NAPOLEÓN *(rápidamente).* -¿Cómo? *(La mano que desplegaba la carta se detiene involuntariamente. La mujer lo contempla enigmáticamente, en sereno silencio. El creta caer la carta y prorrumpe en un torrente de increpaciones.)* ¿Qué quiere decir? ¿Eh? ¿Vuelve a las andadas? ¿Piensa que no sé cuál es el contenido de estos docu-

mentos? Se lo diré. En primer lugar, mi información referente a la retirada de Beaulieu. ¡Ese idiota de cerebro endurecido sólo puede hacer dos cosas: encerrarse en Mantua o violar la neutralidad de Venecia tomando Peschiera! Usted es una de las espías del viejo Cerebro endurecido, quien ha descubierto que ha sido traicionado y la envió para interceptar la información a cualquier precio. ¡Como si eso pudiera salvarle de mí, viejo estúpido! Los otros papeles no son más que mis cartas personales de París, de las cuales usted no sabe nada.

DAMA *(rápida y práctica).* -General, hagamos una división equitativa. Tome usted la información que sus espías le han enviado acerca del ejército austríaco y déme a mí la correspondencia de París. Me conformaré con eso.

NAPOLEÓN *(con la respiración cortada por la frialdad de la proposición).* - ¿Una división equita... ? *(Lanza una boqueada.)* Me parece, señora, que ha llegado a considerar mis cartas como una pertenencia privada de la que yo quiero despojarla.

DAMA *(con sinceridad).* -Por mi honor que no le pido ninguna carta suya, ni una sola letra que haya sido escrita por usted o para usted. En ese paquete hay una carta robada, una carta escrita por una mujer a un hombre, a un hombre que no es su esposo... Una carta que significa desgracia, infamia...

NAPOLEÓN. - ¿Una carta de amor?

DAMA *(entre dulce y amarga).* - ¿Qué otra cosa sino una carta de amor podría provocar tanto odio?

NAPOLEÓN. - ¿Y por qué me la envían a mí? Para poner al marido en mis manos, ¿eh?

DAMA. - No, no, no puede ser de ninguna utilidad para usted. Le juro que no le costará nada dármela. Se la han enviado a usted por pura malicia, con el único fin de hacer un daño a la mujer que la escribió.

NAPOLEÓN. - Y entonces, ¿por qué no se la mandaron al marido?

DAMA *(completamente consternada).* - ¡Oh! *(Hundiéndose en el asiento.)* Yo... no lo sé. *(Se desmorona.)*

NAPOLEÓN. - ¡Ahá! Ya me parecía. Una pequeña novela para recuperar los papeles. Per Bacco, no puedo dejar de admirarla. Ojalá yo supiera mentir de ese modo. Me ahorraría un sinfín de problemas.

DAMA (*retorciéndose las manos).* - ¡Oh, cómo desearía yo haberle dicho alguna mentira! Quizás entonces me habría creído. La verdad es la única cosa en la que nadie cree.

NAPOLEÓN *(con ruda familiaridad, tratándola como si fuese una vivandera).* - ¡Magnífico, magnífico! *(Apoya las manos sobre la mesa, a sus espaldas, y se sienta sobre ella con los brazos en jarras y las piernas abiertas.)* Vamos, yo soy un verdadero corso en lo que respecta a mi predilección por los cuentos. Pero sabría narrarlos mejor que usted si me lo propusiese. La próxima vez que se le pregunte por qué una carta comprometedora para una esposa no debe ser enviada a su marido, responda sencillamente que el tal marido no la leería. ¿Acaso cree, tontuela, que un hombre desea ser obligado por la opinión pública a batirse en duelo, a destrozar su hogar, a dañar su carrera con un escándalo, cuando puede evitar todo eso teniendo buen cuidado de no enterarse de nada?

DAMA *(con repugnancia).* - ¿Y si ese paquete contuviese una carta de su propia esposa?

NAPOLEÓN *(ofendido, bajando de la mesa).* -Eso es una impertinencia, señora.

DAMA *(humildemente).* - Le ruego que me perdone. La mujer del César está por encima de toda sospecha.

NAPOLEÓN *(con deliberada superioridad).* - Ha cometido una indiscreción. La

perdono. Pero, en el futuro, no vuelva a introducir personas de carne y hueso en sus novelas.

DAMA *(pasando cortésmente por alto un discurso que para ella no es más que una violación de las reglas de buena educación).* - General, le aseguro que hay ahí una carta de mujer. *(Indicando el paquete.)* Démela.

NAPOLEÓN *(con brutal laconismo).* - ¿Por qué?

DAMA. - Ella es una antigua amiga mía; fuimos juntas a la escuela. Me ha escrito implorándome que impidiera que la carta cayese en sus manos.

NAPOLEÓN. - ¿Por qué me la han enviado a mí?

DAMA. - Porque compromete al Director Barras.

NAPOLEÓN (frunciendo el entrecejo, evidentemente sobresaltado). -¿Barras? (Altivo.) Tenga cuidado, señora. El Director Barras es mi amigo íntimo.

DAMA *(asintiendo plácidamente).* - Sí, se hicieron amigos por intermedio de la esposa de usted.

NAPOLEÓN. - ¡Otra vez! ¿No le he prohibido que hable de mi esposa? *(Ella lo contempla con curiosidad, pasando por alto la reprimenda. Cada vez más irritado, él deja de lado la actitud altanera, que no le complace mucho, y dice con suspicacia, bajando la voz:)* ¿Quién es esta mujer con la cual simpatiza tan profundamente?

DAMA. - ¡Oh, General! ¿Cómo puedo decirle tal cosa?

NAPOLEÓN *(malhumorado, comenzando a pasearse de nuevo, iracundo y perplejo).* - Sí, sí, defiéndanse las unas a las otras. Son todas iguales, ustedes, las mujeres.

DAMA *(indignada).* - No somos iguales, como no lo son ustedes, los hombres. ¿Cree que si yo amara a otro hombre fingiría seguir amando a mi esposo, o temería decírselo a él o a todo el mundo? Pero esta mujer no es como yo. Gobierna a los hombres engañándolos. Y a ellos les agrada y le permiten que les gobierne. *(Le vuelve*

desdeñosamente las espaldas.)

NAPOLEÓN *(sin hacerle caso).* - ¿Barras? ¿Barras? *(Amenazador, con el rostro ensombrecido.)* Tenga cuidado. Tenga cuidado, ¿me oye? No vaya demasiado lejos.

DAMA *(volviéndose y mirándole inocentemente a la cara).* - ¿Qué ocurre?

NAPOLEÓN. - ¿Qué pretende insinuar? ¿Quién es esa mujer?

DAMA *(respondiendo a su furiosa mirada interrogadora con tranquila indiferencia y sentándose sin bajar la vista).* - Una criatura vana, tonta, extravagante, casada con un hombre sumamente capaz y ambicioso y que la conoce perfectamente, que sabe que le ha mentido en punto a su edad, sus rentas, su posición social, en punto a todo lo que mienten las mujeres tontas. Que sabe que es incapaz de mostrar fidelidad a principio o persona algunos y que sin embargo no puede dejar de amarla ni impedir que su instinto varonil la utilice para conquistar el favor de Barras.

NAPOLEÓN *(en un susurro solapado, fríamente furioso).* - Esta es una venganza, gata, por haberse visto obligada a entregarme la correspondencia.

DAMA. - ¡Tonterías! ¿O quiere decir que usted es un hombre así?

NAPOLEÓN *(exasperado, se toma las manos detrás de la espalda, con los dedos temblorosos, y dice, mientras camina con irritación hacia la chimenea).* - Esta mujer me enloquecerá. *(A ella.)* ¡Váyase!

DAMA *(sentada, inconmovible).* -No me iré sin esa carta.

NAPOLEÓN. -Váyase, le digo. *(Caminando hasta el viñedo y volviendo luego a la mesa.)* No le daré carta alguna. Usted me desagrada. Es una mujer detestable y tan fea como Satanás. Y no quiero ser molestado por mujeres desconocidas. Váyase. *(Le vuelve las espaldas. Tranquilamente divertida, ella apoya la mejilla en una mano y ríe. l se vuelve otra vez, imitándola airadamente.)* ¡Ja, ja, ja! ¿De qué se ríe?

DAMA. - De usted, General. Muy a menudo he visto a personas de su sexo

enfurruñándose y portándose como chiquillos. Pero le aseguro que jamás lo vi hacer a un hombre verdaderamente grande.

NAPOLEÓN *(brutalmente, lanzándole las palabras al rostro).* - ¡Bah! ¡Adulación! ¡Adulación! ¡Tosca adulación descarada!

DAMA *(poniéndose en pie de un brinco, con un vivo sonrojo pintado en las mejillas).* - ¡Oh, es usted demasiado malo! Guárdese sus cartas. Lea en ellas la historia de su propia deshonra y que le sean de provecho. Adiós. *(Se dirige, indignada, hacia la puerta interior.)*

NAPOLEÓN. - ¡Mi propia... ! Espere. Vuelva. Vuelva, se lo ordeno. (Ella, orgullosamente, hace caso omiso del brutal tono perentorio de la orden y continúa caminando. Napoleón corre hacia ella, la toma del brazo y la obliga a volver.) Y ahora, ¿qué quiso decir? Explíquese. Explíquese, le digo, o... *(Ella lo mira con inconmovible gesto de desafío.)* ¡Por...! ¡Demonio empecinado! *(Soltándole el brazo.)* ¿Por qué no puede responder a una pregunta cortés?

DAMA (*intensamente ofendida por su violencia).*¿Por qué me la formula? Ya tiene su explicación.

NAPOLEÓN. - ¿Dónde?

DAMA *(señalando las cartas que están sobre la mesa).* -Allí. No tiene más que leerla.

El toma el paquete, vacila, la mira con suspicacia y lo deja caer nuevamente.

NAPOLEÓN. - Parece haber olvidado de pronto su solicitud por el honor de su antigua amiga.

DAMA. - No creo que corra ahora riesgo alguno. No entiende bien a su esposo.

NAPOLEÓN. - Entonces, ¿debo leer la carta? *(Extiende la mano como para volver a tomar el paquete, con la mirada clavada en la mujer.)*

DAMA. -No veo cómo podrá dejar de hacerlo ahora. *(El retira inmediatamente la mano.)* Oh, no tema. Es posible que encuentre cosas muy interesantes en la epístola.

NAPOLEÓN. - ¿Por ejemplo?

DAMA. - Por ejemplo: un duelo con Barras, una escena doméstica, un hogar deshecho, un escándalo público, una carrera interrumpida, toda clase de cosas.

NAPOLEÓN. - ¡Hmm! *(La mira, toma el paquete y lo contempla mientras frunce los labios y lo sopesa en la mano. Mira nuevamente a la Dama, pasa el paquete a la mano izquierda, levanta la derecha para rascarse la nuca mientras se vuelve y se encamina hasta el comienzo del viñedo, donde se detiene por un momento para contemplar las parras, profundamente pensativo. Ella lo contempla en silencio, un tanto despectivamente. De pronto él se vuelve y regresa, lleno de fuerza y decisión.)* Le concedo el pedido, señora. Su valor y persistencia merecen triunfar. Tome las cartas por las cuales se ha batido tan bien. Y en adelante recuerde que encontró que el vil y vulgar aventurero corso era tan generoso para con los vencidos en la batalla como fue resuelto antes de ella, frente al enemigo. *(Le tiende el paquete.)*

DAMA *(sin tomarlo, mirándolo intensamente).* - Me pregunto que pensará hacer ahora... *(El lanza furiosamente el paquete al suelo.)* ¡Ahá! Parece que le he arruinado esa escena. *(Le hace un hermoso saludo burlón.)*

NAPOLEÓN *(recogiendo las cartas).* - ¿Quiere recibirlas e irse? *(Avanza y se las pone en las manos.)*

DAMA *(escapando en torno de la mesa).* -No, no quiero sus cartas.

NAPOLEÓN. - Hace diez minutos no se conformaba usted con ninguna otra cosa.

DAMA *(manteniéndose cuidadosamente con la mesa entre ellos).* - Hace diez minutos usted no me había insultado de un modo tan intolerable.

NAPOLEÓN.-Yo... *(Tragando bilis.)* Le pido perdón.

DAMA *(fríamente).* - Gracias. *(Con forzada cortesía él le tiende el paquete a través de la mesa. Ella retrocede un paso y dice:)* Pero, ¿no quiere saber si los austríacos están en Mantua o Peschiera?

NAPOLEÓN. -Ya le he dicho que puedo vencer a mis enemigos sin la ayuda de espías, señora.

DAMA. - ¿Y la carta? ¿No quiere leerla?

NAPOLEÓN. - Usted dijo que no me estaba dirigida. No tengo la costumbre de leer las cartas de otras personas. *(Le ofrece nuevamente el paquete.)*

DAMA. - En ese caso no me opongo a que las conserve. Lo único que deseaba era impedirle que las leyera. *(Alegremente.)* Buenas tardes, General. *(Se vuelve tranquilamente hacia la puerta interior.)*

NAPOLEÓN *(lanzando furiosamente el paquete sobre el sofá).* - ¡Que los cielos me concedan paciencia! *(Se encamina a la puerta y se aposta ante ella*.) ¿No tiene sensación alguna de peligros personales? ¿O es una de esas mujeres a quienes agrada que las llenen de moretones.

DAMA. - Gracias, General. No me cabe duda de que la sensación debe ser sumamente voluptuosa. Pero prefiero no experimentarla. No quiero más que irme a mi casa, eso es todo. Tuve la maldad de robarle su correspondencia, pero usted la ha recobrado. Y me ha perdonado. *(Reproduciendo la cadencia retórica de Napoleón.)* Porque es tan generoso con los vencidos, después de la batalla, como resuelto frente al enemigo, antes de ella. ¿No quiere decirme adiós? *(Le ofrece dulcemente la mano.)*

NAPOLEÓN *(rechazándola con un gesto de furia concentrada y abriendo la puerta para llamar).* - ¡Giuseppe! *(Más fuerte.)* ¡Giuseppe! *(Da un portazo y se encamina al centro de la habitación. La Dama entra apenas en el viñedo, para no encontrarse con él.)*

GIUSEPPE *(apareciendo en la puerta).* - ¿Excelencia?

NAPOLEÓN. - ¿Dónde está ese idiota?

GIUSEPPE. - Ha ingerido una excelente cena, de acuerdo con sus instrucciones, Excelencia, y ahora me hace el honor de jugar conmigo para pasar el rato.

NAPOLEÓN. - Hazle venir. Tráelo aquí. Ven con el.

(Giuseppe, con imperturbable presteza, sale apresuradamente. Napoleón se vuelve secamente hacia la Dama, diciendo:) Le ruego que se tome la molestia de permanecer aquí unos instantes más, señora. *(Se acerca al sofá.)*

Ella sale del viñedo y camina por el otro lado del cuarto, hasta el aparador, contra el cual se recuesta, con- ! templando a Napoleón. Este toma el paquete del sofá y se lo introduce deliberadamente en el bolsillo del pecho, que luego abotona, en tanto que la mira con una expresión que sugiere que la mujer descubrirá muy pronto el significado de sus gestos y que no le agradará. No se pronuncia una sola palabra más hasta que llega el Teniente seguido de Giuseppe, quien permanece modestamente junto a la mesa, aguardando nuevas órdenes. El Teniente, sin quepis, espada y guantes, de mucho mejor talante y ánimo por efecto de la comida, se queda cerca de la dama y espera, muy tranquilo, que Napoleón comience a hablar.

NAPOLEÓN.- Teniente.

TENIENTE *(alentándole).* - General ...

NAPOLEÓN.- No puedo convencer a esta dama de que me suministre muchos informes. Pero es indudable que el hombre que la engañó a usted y le quitó la co-rrespondencia fue el hermano de la señora, como ella misma lo admitió.

TENIENTE *(triunfalmente).* - ¿Que le dije, General? ¿Que le dije?

NAPOLEÓN. - Es preciso que encuentre a ese hombre. El honor de usted está en juego. Y el destino de la campaña, el destino de Francia, de Europa, quizá de la

humanidad, pueden depender de la información que contienen esos despachos.

TENIENTE. - Sí, supongo que deben ser realmente asuntos graves. *(Como* sí eso no se le hubiese ocurrido antes.)

NAPOLEÓN *(enérgico).* - Son tan graves, señor, que si no los recupera será degradado en presencia de su regimiento.

TENIENTE. - ¡Caray! Al regimiento no le agradaría tal cosa, se lo aseguro.

NAPOLEÓN. - Personalmente lo siento por usted. Con sumo placer echaría tierra al asunto, si ello fuese posible. Pero se me llamaría a capítulo por no actuar de acuerdo con los mensajes. Tendré que probar a todo el mundo que no los he recibido, haciendo caso omiso de cuáles pueden ser las consecuencias para usted. Lo siento, pero ya ve que no puedo evitarlo.

TENIENTE *(bonachón).* - Oh, no se lo tome a pecho, General. Es una amabilidad de su parte. No se preocupe por lo que me suceda, ya me las arreglare de algún modo. Y venceremos a los austríacos, con mensajes o sin ellos. Espero que no insistirá en que parta ahora en una persecución alocada del individuo. No tengo la más mínima idea de dónde debo buscarlo.

GIUSEPPE *(deferente).* -Olvida usted, Teniente, que el tiene su caballo.

TENIENTE *(sobresaltándose).* - Me había olvidado. (*Resuelto*.) Lo buscaré, General. Encontrare ese caballo, si está vivo, en cualquier rincón de Italia. Y no me olvidaré de los mensajes, no tema. Giuseppe. Ve y ensíllame uno de esos sarnosos y añejos caballos de posta mientras yo voy a buscar mi espada y mis cosas. ¡Carrera, march! Andando. (*Lo empuja.)*

GIUSEPPE. - Al instante, Teniente, al instante. *(Desaparece en el viñedo, en el que ahora la luz se torna rojiza con la puesta del sol.)*

TENIENTE *(mirando en torno mientras se encamina hacia la puerta interior).* - De

paso, General, ¿le di mi espada o no se la di? Ah, ya recuerdo. *(Enojadizo.)* En toda esa tontería de arrestarlo a uno uno ya no sabe dónde encontrar... *(Sigue hablando mientras sale del cuarto.)*

DAMA (*todavía junto al aparador).* -¿Qué significa todo esto, General?

NAPOLEÓN. -No encontrará a su hermano.

DAMA. -Naturalmente. No existe tal persona.

NAPOLEÓN. - Los despachos se habrán perdido irrecuperablemente.

DAMA. -¡No es cierto! ¡Están en el bolsillo de su chaqueta!

NAPOLEÓN. - Creo que le resultará difícil probar esa afirmación descabellada. *(La Dama da un respingo. Napoleón añade con énfasis definitivo:)* Esos documentos se han perdido.

DAMA *(ansiosamente, aproximándose a un extremo de la mesa).* - ¿Y la carrera de ese desdichado joven será sacrificada?

NAPOLEÓN. - ¡Su carrera! El individuo no vale la pólvora que costaría fusilarlo. *(Se vuelve desdeñosamente y se encamina al hogar, donde se detiene, de espaldas a ella.)*

DAMA *(anhelante).* - Es usted duro. Para usted los hombres y las mujeres no son más que cosas que pueden ser utilizadas, aun cuando se rompan durante el proceso.

NAPOLEÓN *(enfrentándola).* - ¿Quién de nosotros ha roto a ese individuo? ¿Yo o usted? ¿Quien le quitó los documentos? ¿Pensó entonces en su carrera?

DAMA *(con remordimientos de conciencia).* - Oh, no pensé en ello. Fue una maldad de mi parte. Pero no podía evitarlo, ¿verdad? ¿De qué otro modo habría conseguido los papeles? *(Suplicante.)* General, sálvelo del deshonor.

NAPOLEÓN *(riendo agriamente).* -Sálvelo usted, ya que es tan lista. Usted fue quien lo envió a la ruina. *(Con salvaje intensidad.)* Odio a los malos soldados.

Sale resueltamente al viñedo. Ella lo sigue unos pasos con gesto de ruego, pero es

interrumpida por el regreso del Teniente, con el quepis encasquetado, los guantes calzados y la espada ceñida, listo para emprender la marcha. Se dirige hacia la puerta exterior cuando ella lo intercepta.

DAMA. - Teniente...

TENIENTE *(importante).* - No me haga perder tiempo. El deber, señora, el deber.

DAMA (*implorante*). - Oh, señor, qué hará usted con mi pobre hermano?

TENIENTE. - ¿Lo quiere mucho?

DAMA. - Moriría si le sucediera algo. Debe perdonarle la vida. *(El Teniente sacude torvamente la cabeza.)* Sí, es preciso; lo hará. El no merece morir. Escúcheme. Si yo le dijese dónde puede encontrarle... si me comprometiera a ponerlo en sus manos como prisionero, para que se lo entregase al General Bonaparte... ¿me prometería, por su honor de oficial y caballero, no luchar con él ni tratarlo rudamente?

TENIENTE. - Pero, ¿y si me ataca? Tiene mis pistolas.

DAMA. - Es demasiado cobarde.

TENIENTE. - No estoy muy seguro de eso. Es capaz de cualquier cosa.

DAMA. - Si lo ataca, o se resiste de algún modo, le libero a usted de su promesa.

TENIENTE. - ¡Mi promesa! ¡Pero si yo no quería prometer! Vea, usted es tan malvada como él; se ha aprovechado de mi bondad. ¿Y qué hay de mi caballo?

DAMA. - Una parte del trato es que recupere su caballo y sus pistolas.

TENIENTE. - ¿Palabra de honor?

DAMA. -Palabra de honor. *(Le o f rece la mano.)*

TENIENTE *(tomándola y reteniéndola).* - Muy bien. Seré con él tan manso como un cordero. Su hermana es una mujer sumamente hermosa. *(Trata de besarla.)*

DAMA *(escurriéndose de él).* - ¡Oh, Teniente! ¿Se ha olvidado? Está en peligro su carrera, el destino de Europa, el de la humanidad.

TENIENTE. - ¡Bah, al demonio el destino de la humanidad! *(Queriendo atraparla.)* ¡Un solo beso!

DAMA *(corriendo en torno de la mesa).* - Eso no será hasta que no haya recuperado su honor de oficial. Recuerde que todavía no ha capturado a mi hermano.

TENIENTE *(seductor).* - Me dirá dónde está, ¿no es cierto?

DAMA. - No tengo más que enviarle una cierta señal y estará aquí dentro de un cuarto de hora.

TENIENTE. - Entonces no está muy lejos.

DAMA. - No, muy cerca. Espérelo aquí. Vendrá en cuanto reciba mi mensaje y se entregará a usted. ¿Entiende?

TENIENTE *(intelectualmente abrumado).* - Bueno, es un poco complicado pero supongo que a la postre todo estará bien.

DAMA. - Y ahora, mientras espera, ¿no le parece que sería mejor tratar las condiciones con el General?

TENIENTE. - Oh, vea, esto se está poniendo terriblemente complicado. ¿Qué condiciones?

DAMA. - Hágale prometer que si captura a mi hermano él considerará que usted ha salvado su reputación militar. El prometerá cualquier cosa que usted le pida con esas condiciones.

TENIENTE. -No es mala idea. Gracias, creo que lo intentaré.

DAMA. -Sí, hágalo. Y tenga en cuenta, por sobre todas las cosas, que no debe dejar que el General se dé cuenta de cuán inteligente es usted.

TENIENTE. -Entiendo. Le darían celos.

DAMA. - No le comunique más que su resolución de capturar a mi hermano o perecer en la demanda. El no le creerá. Y entonces usted presentará a mi hermano...

TENIENTE *(interrumpiéndola, ahora que ha comprendido toda la intriga).* - ¡Y le habré jugado una buena! ¡Qué mujer más inteligente! *(Gritando.)* ¡Giuseppe!

DAMA. -¡Chitón! No le diga a Giuseppe una sola palabra de mí. *(Se lleva un dedo a los labios. El la imita. Se miran significativamente. Luego, con una sonrisa arrobadora, ella cambia el gesto para lanzarle un beso y sale corriendo por la puerta interior. Galvanizado, él prorrumpe en una salva de carcajadas contenidas.)*

Giuseppe entra por la puerta exterior.

GIUSEPPE. -El caballo está preparado, Teniente.

TENIENTE. -Todavía no me voy. Ve a buscar al General y díle que quiero hablar con él.

GIUSEPPE *(sacudiendo la cabeza).*-Es imposible, Teniente.

TENIENTE. - ¿Por qué?

GIUSEPPE. - En este mundo traidor un general puede hacer llamar a un teniente, pero un teniente no debe llamar a un general.

TENIENTE. - Ah, te parece que no le agradaría. Bueno, quizá tengas razón. Uno tiene que mostrarse especialmente cuidadoso con esas cosas ahora que estamos en una república.

Reaparece Napoleón, saliendo del viñedo; viene abotonándose la casaca, pálido y lleno de pensamientos inquietantes.

GIUSEPPE *(sin advertir que Napoleón se acerca).* - Muy cierto, Teniente, muy cierto. Ahora en Francia son todos como mesoneros. Tienen que ser corteses con todo el mundo.

NAPOLEÓN *(apoyando una mano sobre el hombro de Giuseppe).* -Y eso destruye todo el valor de la cortesía, ¿eh?

TENIENTE. - ¡Justamente el hombre que necesitaba! ¡Vea, General, supóngase que le

atrapo a ese sujeto!

NAPOLEÓN *(con irónica gravedad).* - No le atrapará. mi amigo.

TENIENTE. - ¡Ahá! ¿Le parece? Pero ya lo verá. Espere. Sólo que, si lo pesco y se lo entrego a usted, ¿reconocerá que estamos en paz? ¿Se olvidará de todo eso de degradarme en presencia del regimiento? No es que a mí me interese, ¿sabe? Pero, aun así, a ningún regimiento le agrada que los demás regimientos se rían de él.

NAPOLEÓN *(un rayo de frío humorismo atraviesa pálidamente su melancolía).* - ¿Qué debemos hacer con este oficial, Giuseppe? Todo lo que dice está equivocado.

GIUSEPPE *(rápidamente).* - Nómbrelo general, Excelencia, y entonces todo lo que diga estará bien.

TENIENTE *(cacareando).* - ¡Jo, jo! *(Se deja caer,* extático, en el sofá, para gozar a sus anchas de la broma.)

NAPOLEÓN *(riendo y pellizcando la oreja a Giuseppe).* - Estás perdiendo el tiempo en esta posada, Giuseppe. *(Se sienta y pone a Giuseppe ante sí, como un maestro lo haría con un alumno.)* ¿Quieres que te lleve conmigo y haga un hombre de ti?

GIUSEPPE *(meneando la cabeza rápida y repetidamente).* - No, no, no, no, no, no, no. Durante toda mi vida la gente ha querido hacer un hombre de mí. Cuando niño nuestro buen cura quiso hacer de mí un hombre enseñándome a leer y escribir. Luego el organista de Melegnano quiso hacerme hombre enseñándome a leer música. El sargento reclutador habría hecho un hombre de mí si yo hubiera tenido unos centímetros más de estatura. Pero, en resumen, todos querían hacerme trabajar y, gracias al cielo, soy demasiado perezoso para eso. De modo que aprendí a cocinar y me convertí en un posadero. Y ahora tengo criados que hacen el trabajo y a mí no me queda otra cosa que hacer que hablar, lo que me sienta a maravilla.

NAPOLEÓN *(contemplándolo pensativamente).* -¿Y estás satisfecho?

GIUSEPPE *(con alegre convicción).* - Completamente, Excelencia.

NAPOLEÓN. - ¿Y no tienes en tu interior un demonio devorador que necesita ser alimentado con la acción y las victorias, que debe hartarse con ello día y noche; que te hace pagar, con el sudor de tu cuerpo y tu cerebro, semanas enteras de trabajos hercúleos por diez minutos de placer; que es al mismo tiempo tu esclavo y tu tirano, tu genio y tu perdición; que te ofrece una corona con una mano y el remo de un galeote con la otra; que te muestra todos los reinos de la tierra y te propone hacerte el amo de ellos, con la condición de que tú seas el sirviente de ellos? ¿No tienes nada de eso en ti?

GIUSEPPE. - ¡Nada! Oh, le aseguro, Excelencia, mi demonio devorador es peor. No me ofrece coronas ni reinos. Pretende recibirlo todo por nada. ¡Salchichas, tortillas, uvas, queso, polenta, vino! Y tres veces por día, Excelencia; no se conforma con nada menos.

TENIENTE. - Vamos, déjate de esas cosas, Giuseppe. Estás haciéndome sentir hambriento nuevamente.

Giuseppe se encoge de hombros como disculpándose y se retira de la conversación.

NAPOLEÓN *(volviéndose al Teniente con irónica cortesía).* -Espero que yo no le haya hecho sentirse ambicioso.

TENIENTE. - En absoluto. No me remonto tan alto. Además me siento bien tal como soy. En este momento el ejército necesita hombres como yo. En rigor la Revolución estuvo perfectamente bien para los civiles, pero no progresará en el ejército. Usted sabe como son los soldados, General. Necesitan tener como oficiales a hombres de buena cuna. Un subalterno debe ser un caballero porque está en contacto permanente con los soldados. Pero un general, o incluso un coronel, puede ser cualquier clase de chusma, con tal de que entienda perfectamente su tarea. Un teniente es un caballero y

el resto es pura contingencia. ¿Quien cree usted que gano la batalla de Lodi? Se lo diré. Mi caballo.

NAPOLEÓN *(poniéndose de pie).* - Su tontería lo está llevando demasiado lejos, señor. Tenga cuidado.

TENIENTE. -Nada de eso. ¿Recuerda ese espantoso cañoneo a través del río? ¿Los austriacos cañoneándole para impedirle cruzarlo y usted cañoneándoles para impedirles que pegaran fuego al puente? ¿Advirtió donde me encontraba yo en ese momento?

NAPOLEÓN. - Lo siento. Me temo que estaba un poco atareado.

GIUSEPPE *(con sincera admiración).* - Dicen que desmontÓ usted del caballo e hizo funcionar los cañones con sus propias manos, General.

TENIENTE. -Eso fue un error. Un oficial no debe descender jamás al nivel de sus soldados. *(Napoleón lo mira amenazadoramente y comienza a pasearse como un tigre enjaulado.)* Pero todavía podría estarse cañoneando con los austriacos si nosotros, los de caballería, no hubiésemos hallado el vado y cruzado y deshecho el flanco del viejo Beaulieu. Usted sabe de sobra que no se atrevió a dar la orden de cruzar el puente hasta que nos vio en la otra orilla. En consecuencia, afirmo que quien encontró el vado gano la batalla de Lodi. Bien, ¿quien lo hallo? Fui el primero en cruzar el río y lo se. Fue mi caballo quien lo encontró. *(Con convicción, levantándose.)* Ese caballo es el verdadero vencedor de los austriacos.

NAPOLEÓN *(apasionado).* - ¡Idiota! Le haré fusilar por perder esos documentos. Le mandaré atar a la boca de un cañón. Ninguna otra cosa lograría causarle alguna impresión. *(Aullando.)* ¿Me oye? ¿Entiende?

Un oficial francés entra sin ser advertido, llevando el sable envainado en la mano.

TENIENTE *(sin desconcertarse).* -Si no lo capturo, General. Recuerde el si.

NAPOLEÓN. - ¡Si! Asno, no existe tal hermano.

EL OFICIAL *(interponiéndose repentinamente entre ambos y hablando con la inconfundible voz de la Dama Desconocida).* -Teniente, soy su prisionero. *(Le ofrece el sable.)*

Napoleón la mira por un instante, estupefacto. Luego la toma de la muñeca y la atrae rudamente hacia sí, mirándola de cerca y ferozmente, para disipar toda duda que pudiera caberle en cuanto a su identidad. Porque ya comienza a caer rápidamente la noche y el resplandor rojo del viñedo cede el lugar a la clara luz de las estrellas.

NAPOLEÓN. - ¡Bah! *(Le suelta la mano con una exclamación de disgusto y les vuelve las espadas, con la mano metida en el pecho y la frente arrugada.)*

TENIENTE *(con tono triunfal, tomando el sable).* - ¡No existe tal hermano! ¿Eh, General? *(A la Dama.)* Diga, ¿donde está mi caballo?

DAMA. - En Borghetto, esperándole, Teniente.

NAPOLEÓN *(volviéndose hacia ellos).* - ¿Donde están los despachos?

DAMA. - Jamás lo adivinaría. Se encuentran en el lugar más inverosímil del mundo. ¿Alguno de ustedes vio a mi hermana aquí?

TENIENTE. -Sí. Una mujer hermosísima. Se parece extraordinariamente a usted; pero, por supuesto, es mejor parecida.

DAMA *(misteriosa).* -Bueno, ¿no saben que ella es una hechicera?

GIUSEPPE *(aterrorizado, persignándose).* - Oh, no, no, no. No es justo bromear con esas cosas. No lo permitiré en mi casa, Excelencia.

TENIENTE. - Sí, déjese de eso. Es mi prisionero. Naturalmente, no creo en esas paparruchas. Pero, aun así, no es un tema correcto para bromear.

DAMA.-Pero es que esto es serio. Mi hermana ha embrujado al General. *(Giuseppe y el Teniente retroceden, alejándose de Napoleón.)* General, abra su casaca. Encontrará

los documentos en el bolsillo interior. *(Le introduce rápidamente la mano en el pecho.)* Sí, aquí están, los he palpado, ¿Eh? *(Lo mira al rostro, entre aduladora y burlona.)* ¿Me permite, General? *(Toma un botón, como para desabotonar la chaqueta, y se detiene, esperando el permiso.)*

NAPOLEÓN *(inescrutable).* - Si se atreve.

DAMA. - Gracias. *(Le abre la casaca y extrae los mensajes.)* ¡Helos aquí! *(A Giuseppe, mostrándole los despachos.)* ¿Ves?

GIUSEPPE *(huyendo a la puerta exterior.).* - ¡No, en nombre del cielo! ¡Están embrujados!

DAMA *(volviéndose al Teniente).* -Vamos, Teniente, usted no les temerá.

TENIENTE *(retrocediendo).* -Déjeme. *(Tomando la empuñadura del sable.)* Déjeme, le digo.

DAMA *(a Napoleón).* -Le pertenecen a usted, General. Tómelos.

GIUSEPPE. -No los toque, Excelencia. No los toque.

TENIENTE. -Tenga cuidado, General; cuidado.

GIUSEPPE. - Quémelos. Y queme a la bruja también.

DAMA *(a Napoleón).* - ¿Los quemo?

NAPOLEÓN *(pensativo).* - Sí, quémelos. Giuseppe, vé a traer una luz.

GIUSEPPE *(temblando y tartamudeando).* - ¿Que yo

vaya solo? ¿En la oscuridad, con una bruja en la casa?

NAPOLEÓN. - ¡Bah! Eres un pusilánime. *(Al Teniente.)* Complázcame yendo usted, Teniente.

TENIENTE *(con tono de reproche).* - ¡Pero, General! No, vea, ¿sabe?, después de lo de Lodi nadie podrá decir que soy un cobarde. Pero pedirme que vaya en la oscuridad, yo solo, sin siquiera una bujía, después de esta espantosa conversación, es pedirme

demasiado. ¿Le agradaría hacerlo usted mismo?

NAPOLEÓN *(irritado).* - ¿Se niega a obedecer mi orden?

TENIENTE *(resuelto).* - Sí, me niego. No es razonable. Pero le diré lo que puedo hacer. Si Giuseppe va yo le acompañaré y le protegeré.

NAPOLEÓN *(a Giuseppe).* - ¡Ahí tienes! ¿Estás satisfecho? Vayan los dos.

GIUSEPPE *(humildemente, con los labios temblorosos).*-Con mucho gusto, Excelencia. *(Se dirige desganadamente a la puerta interior.)* ¡El Cielo me proteja! *(Al Teniente:)* Después de usted, Teniente.

TENIENTE.-Será mejor que pases primero. No conozco el camino.

GIUSEPPE. - Es imposible perderse. *(Implorante, poniéndole una mano sobre el brazo.)* Además, sólo soy un pobre posadero. Usted es un hombre de rango.

TENIENTE. -No dejas de tener razón. Vaya, no estés tan asustado. Tómame del brazo. (*Giuseppe obedece.)* Eso es. *(Salen del bracero.)*

Ya es noche estrellada. La Dama arroja el paquete sobre la mesa y se sienta tranquilamente en el sofá, gozando de la sensación de libertad que experimenta ahora que no viste faldas.

DAMA. - Bien, General, le he derrotado.

NAPOLEÓN *(paseándose).* - Es usted culpable de indelicadeza, de falta de feminidad. ¿Es correcta esa vestimenta?

DAMA. - Veo que es sumamente parecida a la suya.

NAPOLEÓN. - ¡Puf ! Me avergüenzo por usted.

DAMA *(ingenua).* - Sí, los militares se ruborizan con tanta facilidad... *(El gruñe y se aleja. Ella le mira maliciosamente, con los despachos en la mano.)* ¿No le agradaría leerlos antes de que sean quemados, General? Debe estar muriéndose de curiosidad. Écheles un vistazo. *(Lanza el paquete sobre la mesa y vuelve el rostro.)* No miraré.

NAPOLEÓN. -No tengo curiosidad alguna, señora. Pero puesto que usted están tan claramente ansiosa por leerlos, le doy permiso para hacerlo.

DAMA. -Ya los he leído.

NAPOLEÓN *(con un respingo).* - ¿Cómo?

DAMA. - Los leí en cuanto me escapé con el caballo del pobre teniente. De modo que ya ve que yo sé cuál es el contenido de las cartas y usted no.

NAPOLEÓN. -Perdone, las leí mientras estaba en el viñedo, hace diez minutos.

DAMA. - ¡Oh! *(Poniéndose de pie de un salto.)* ¡Oh, General, en definitiva no le he derrotado! ¡Cuánto le admiro! *(El ríe y le palmea la mejilla.)* Esta vez, verdadera y sinceramente, sin fingir, le rindo homenaje. *(Le besa la mano.)*

NAPOLEÓN *(retirándola rápidamente).* - ¡Brr! No haga eso. Basta de brujerías.

DAMA. -Quiero decirle algo, pero temo que lo entienda mal.

NAPOLEÓN. - ¿Y eso le impide hablar?

DAMA. - Bien, se trata de lo siguiente: adoro a un hombre que no teme ser mezquino y egoísta.

NAPOLEÓN *(indignado).* - Yo no soy ni mezquino ni egoísta.

DAMA. - Oh, usted no se conoce bien. Además no me refiero a una mezquindad y un egoísmo realmente bajos.

NAPOLEÓN. -Gracias. Me pareció lo contrario.

DAMA. - Bueno, en rigor es eso. Pero yo me refería a una cierta vigorosa sencillez que hay en usted.

NAPOLEÓN. - Eso está mejor.

DAMA. - No quiso leer las cartas. Pero tenía curiosidad por enterarse del contenido. *Y entonces salió al viñedo y las leyó cuando nadie le veía. Y después volvió y fingió no haberlas leído. Esa es la cosa más baja que haya hecho hombre alguno, por lo que yo*

se; pero convenía exactamente a sus propósitos y por lo tanto usted no sintió la más mínima vergüenza en hacerla.

NAPOLEÓN *(bruscamente).* - ¿De dónde ha sacado todos esos escrúpulos vulgares? *(Con énfasis desdeñoso.)* ¿Esa conciencia? Yo creí que era usted una dama, una aristócrata. ¿Acaso su abuelo fue tendero?

DAMA. -No, era ingles.

NAPOLEÓN. - Eso lo explica. Los ingleses constituyen una nación de tenderos. Ahora entiendo por que me ha derrotado.

DAMA. -No lo he derrotado. Y no soy inglesa.

NAPOLEÓN. -Sí que lo es; hasta la medula. Escúcheme. Le explicare cómo son los ingleses.

DAMA *(ansiosamente*). - Hágalo, por favor. *(Con vivaz aspecto de pregustar un festín intelectual, se sienta en el sofá y se prepara para escucharlo. Seguro de su auditorio, él se dispone inmediatamente a ofrecer un espectáculo. Cavila un momento, antes de empezar, para atraer la atención de la Dama por medio de un instante de suspenso. Su estilo está calcado al principio del de Talma en su representación del Cinna de Corneille, pero pierde un poco de efecto en la oscuridad y Talma cede muy pronto su sitio a Napoleón, cuya voz surge en la penumbra con impresionante intensidad.)*

NAPOLEÓN. - Existen en el mundo tres clases de personas: la gente baja, la gente media y la gente alta. La gente baja y la alta se parecen en una sola cosa: carecen de escrúpulos y de moralidad. Las personas bajas están por debajo de la moral, las altas por encima de ella. Yo no temo a ninguna de ellas. Porque las gentes bajas son inescrupulosas e ignorantes, de modo que me convierten en un ídolo. En tanto que las altas son inescrupulosas sin un propósito fijo, de modo que se ven obligadas a ceder a

mi voluntad. Vea, pasare por sobre las plebes y las cortes de Europa como un arado pasa sobre un campo. La clase media es la peligrosa. Tiene conocimientos y propósitos fijos. Pero también ella tiene su punto débil. Está llena de escrúpulos, se encuentra encadenada de pies y manos por su moralidad y su respetabilidad.

.DAMA. -Entonces derrotará a los ingleses. Porque todos los tenderos pertenecen a la clase media.

NAPOLEÓN. -No, porque los ingleses constituyen una raza aparte. No hay ingles, por pobre que sea, que no tenga escrúpulos. Ningún ingles, por rico que sea, está libre de la tiranía de esos escrúpulos. Pero todos los ingleses traen consigo, desde la cuna, una cierta potencia milagrosa que los convierte en amos del mundo. Cuando quieren una cosa no se dicen que la quieren. Aguardan pacientemente a que se les forme en la mente, nadie sabe cómo, la ardiente convicción de que el sojuzgamiento de los que poseen la cosa por ellos deseada es su deber moral y religioso. Y entonces se tornan irresistibles. Como los aristócratas, hacen lo que les parece y toman lo que anhelan poseer. Como los tenderos, cumplen su propósito con la laboriosidad y el empecinamiento surgidos de una fuerte convicción religiosa y un hondo sentido de responsabilidad moral. Nunca les falta una actitud moral eficaz. Como grandes campeones de la libertad y la independencia nacional, conquistan la mitad del mundo y se la anexan. Y llaman Colonización al resultado. Cuando necesitan un nuevo mercado para sus adulteradas mercancías de Manchester, envían a un misionero para que predique a los nativos los Evangelios de la Paz. Los nativos matan al misionero. Los ingleses corren a las armas en defensa de la Cristiandad, luchan por ella, conquistan por ella y se apoderan del mercado como una recompensa del Cielo. En defensa de las costas de su isla ponen a un capellán a bordo de sus naves, izan una bandera con una cruz al tope del juanete y navegan hasta los confines de la tierra

hundiendo, quemando y destruyendo a todos los que le disputan el dominio de los mares. Se jactan de que los esclavos quedan libres en cuanto pisan suelo británico y venden a los hijos de sus pobres, a los seis años de edad, para que trabajen bajo el látigo, en sus fábricas, durante dieciséis horas diarias. Hacen dos revoluciones y luego declaran la guerra a la nuestra en nombre de la ley y el orden. No hay nada tan malo ni tan bueno que no puedan hacerlo los ingleses. Pero nunca encontrará a un inglés que esté equivocado. Todo lo hacen por principios. Le roban a uno por principio comercial, lo esclavizan a uno por el principio imperial, le intimidan a uno por un principio de masculinidad, apoyan a su rey por principios de lealtad y le cortan la cabeza por un principio de republicanismo. Su lema es siempre el Deber. Y jamás olvidan que la nación que permite que su deber se contraponga a sus intereses está perdida.

DAMA. - ¡Un momento! Quiero saber, a esta altura de la conversación, cómo sabe que soy inglesa.

NAPOLEÓN *(dejando de lado su estilo retórico).* -Es sencillo. Usted quería algunas cartas de mi pertenencia.

Se pasó la mañana tratando de robármelas. Sí, de robármelas, con método de salteador de caminos. Y se pasó la tarde queriendo demostrarme que estaba equivocado en ese sentido, que era yo quien había querido robarle sus cartas, explicándome que todo ello era resultado de mi bajeza y mi egoísmo y de su bondad, devoción y abnegación. Eso es inglés.

DAMA. - ¡Tonterías! Estoy segura de que no soy inglesa. Los ingleses son un pueblo sumamente estúpido.

NAPOLEÓN. - Sí, a veces son demasiado estúpidos como para darse cuenta de que están derrotados. Pero le concedo que su ceregro no es inglés. Porque, aunque su

abuelo era inglés, su abuela era... ¿qué? ¿Una francesa?

DAMA. - Oh, no. Irlandesa.

NAPOLEÓN *(rápidamente).* -¡Irlandesa! *(Pensativo.)* Sí, me había olvidado de los irlandeses. Un ejército inglés dirigido por un general irlandés. Podría ser un serio contrincante para un ejército francés conducido por un general italiano. (Se interrumpe y luego añade, entre bromista y triste:) De todos modos, usted me ha derrotado. Y lo que derrota a un hombre por primera vez lo seguirá derrotando siempre. (Se dirige, meditabundo, al viñedo bañado por la luz de la luna y mira hacia arriba.)

Ella lo sigue. Se atreve a apoyar una mano en su hombro, cautivada por la belleza de la noche y alentada por la oscuridad.

DAMA *(dulcemente).* - ¿Qué mira?

NAPOLEÓN (*señalando hacia arriba).* - Mi estrella.

DAMA. -¿Cree en esas cosas?

NAPOLEÓN. - Sí.

Ambos miran la estrella por un momento, ella apoyándose un tanto sobre el hombro de él.

DAMA. - ¿Sabe que los ingleses dicen que la estrella de un hombre no está completa sin la liga de una mujer?

NAPOLEÓN *(escandalizado, apartándola bruscamente de su lado y volviendo a entrar en el cuarto).* - ¡Bah! ¡Hipócritas! ¡Si eso lo dijeran los franceses, como alzarían ellos los brazos en piadoso horror! *(Va a la puerta interior y la abre, mientras grita:)* ¡Eh, Giuseppe! ¿Donde está esa luz, hombre? *(Se coloca entre la mesa y el aparador y acerca a la mesa la segunda silla, poniéndola junto a la suya.)* Todavía tenemos que quemar la carta. *(Toma el paquete.)*

Regresa Giuseppe, pálido y todavía tembloroso, llevando en una mano un candelabro

con dos velas encendidas y en la otra una bandeja de despabiladeras.

GIUSEPPE *(lastimero, mientras deja la luz sobre la mesa).* - Excelencia, ¿qué estaba mirando hace un instante, allí afuera? *(Señala por sobre el hombro hacia el viñedo, pero sin volverse, asustado.)*

NAPOLEÓN *(desenvolviendo el paquete).* -¿Que te importa?

GIUSEPPE. - Porque la bruja ha desaparecido. Y nadie la vio irse.

DAMA *(apareciendo por detrás de él, desde el viñedo).* - La mirábamos dirigirse a la luna cabalgando en tu escoba, Giuseppe. Jamás volverás a verla.

GIUSEPPE. - Gesú Maria! *(Se persigna y sale apresuradamente.)*

NAPOLEÓN *(dejando caer las cartas en un montón, sobre la mesa).* - ¡Y bien! *(Se sienta ante la mesa, en la silla que acaba de poner junto a ella.)*

DAMA. -Sí, pero usted tiene LA carta en el bolsillo. (El sonríe, extrae una carta del bolsillo y la deja sobre el montón. Ella la toma y lo mira, diciendo:) Habla de la mujer del César.

NAPOLEÓN. - La mujer del César está por encima de toda sospecha. Quémela.

DAMA *(tomando las despabiladeras y acercando con ellas la carta a la llama de la bujía).* - ¡Me pregunto si la mujer del César estaría por encima de toda sospecha si nos viera así, juntos!

NAPOLEÓN *(con los codos apoyados sobre la mesa y las mejillas en las manos, contemplando la carta que se quema).* - ¡Quién sabe!

La Dama Desconocida pone la carta, encendida, sobre la bandeja de las despabiladera, y se sienta junto a Napoleón en la misma actitud, los codos sobre la mesa, las mejillas en las manos, mirando cómo arde la epístola. Cuando ésta ha dejado de quemarse ambos se miran. El telón cae sigilosamente y los oculta.

TELÓN